

# **EL ÁNGEL DE FÁTIMA**

Alberto Basabe Martín

[Volver al Index](#)

## **ÍNDICE**

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>4</b>
<b>I. LA OBRA DE FÁTIMA, OBRA DE LA VIRGEN,</b>	
<b>DE SU FUNDADORA Y DE TODOS</b>	<b>7</b>
<b>II. FÁTIMA EN EL TÍTULO DE NUESTRA OBRA..</b>	<b>11</b>
<b>III. LA APARICIÓN DEL ANGEL DE LA PAZ.</b>	<b>15</b>
<b>IV. LA ORACIÓN DEL ANGEL DE LA PAZ.</b>	<b>19</b>
<b>V. ¿CUÁL ES EL CORAZÓN DE DIOS?.</b>	<b>23</b>
<b>VI. ¿OFENDE A DIOS EL INCREYENTE?</b>	<b>27</b>
<b>VII.¿EXISTE PARA DIOS EL INCREYENTE</b>	
<b>DE BUENA FE?</b>	<b>31</b>
<b>VIII. EL ESCÁNDALO DEL SILENCIO DE DIOS.</b>	<b>36</b>
<b>IX. LA SIESTA Y EL JUEGO DE LA</b>	
<b>HUMANIDAD ACTUAL</b>	<b>40</b>
<b>X. EL SALTO A LA ESPERANZA</b>	<b>45</b>
<b>XI. LAS GRANDES PRERSENCIAS INVISIBLES</b>	
<b>DE NUESTRA VIDA</b>	<b>49</b>
<b>XII EI SACRIFICIO: SU GOZO Y SU DOLOR</b>	<b>54</b>
<b>XIII EL SACRIFICIO COMO REPARACIÓN DEL</b>	
<b>AMOR DE DIOS OFENDIDO</b>	<b>59</b>
<b>XIV EL OFICIO DE “PECADORES”</b>	<b>63</b>
<b>XV LA CLAVE DE LA EFICACIA DEL SACRIFICIO</b>	
<b>POR EL PRÓJIMO</b>	<b>68</b>
<b>XVI EL SACRIFICIO COMO REPARACIÓN</b>	
<b>DEL HONOR DE DIOS</b>	<b>72</b>
<b>XVII LA DESACRALIZACIÓN DEL SACRIFICIO.</b>	<b>76</b>
<b>XVIII. VALOR TRASCENDENTE</b>	
<b>DEL SACRIFICIO</b>	<b>80</b>
<b>XIX REALISMO DEL MUNDO ANGÉLIC</b>	<b>84</b>

<i>XX EL TESTIMONIO DE JESÚS SOBRE LOS ANGELES</i>	<i>88</i>
<i>XXI MISIÓN DE LOS ANGELES EN EL GOBIERNO DEL MUND</i>	<i>93</i>
<i>XXII LA SUAVIDAD DE DIOS</i>	<i>99</i>
<i>XXIII LAS JERARQUÍAS ANGÉLICAS</i>	<i>104</i>
<i>XXIV LAS TRES IMÁGENES DE LOS DEMONIOS</i>	<i>110</i>
<i>XXV EL LUGAR PROPIO DE LOS ANGELES REBELDES</i>	<i>116</i>
<i>XXVI EL INFIERNO COMO EXPRESIÓN DE LA MALDICIÓN DE LA JUSTICIA DIVINA</i>	<i>122</i>
<i>XXVII PARADÓJICA Y CONTRADICTORIA SITUACION DEL ÁNGEL CONDENADO</i>	<i>128</i>
<i>XXVIII LA DESINTEGRACIÓN DE LA PERSONALIDAD DEL ÁNGEL REBELDE</i>	<i>135</i>
<i>XXIX LA PRESENCIA DIABÓLICA EN EL MUNDO</i>	<i>141</i>
<i>XXX EL MITO DEL EXTRATERRESTRE</i>	<i>147</i>
<i>XXXI LA ACOMODACION DIABOLICA</i>	<i>153</i>
<i>XXXII NUESTRA LECTURA DE LA BIBLIA</i>	<i>160</i>
<i>XXXIII EL DEMONIO Y EL RITMO MUSICAL</i>	<i>162</i>
<i>XXXIV LA NUEVA PREDICACIÓN DEL INFIERNO</i>	<i>164</i>
<i>XXXV LOS ORÍGENES RELIGIOSOS DEL ROCK AND ROLL</i>	<i>166</i>
<i>XXXVI ALGO MÁS QUE GIMNASIA</i>	<i>168</i>
<i>XXXVII. HACIA UN NUEVO TIPO HUMANO</i>	<i>170</i>

## PRESENTACIÓN

En el verano del año 1984 las personas que gestionaban la Obra de Fátima me transmitieron por medio de mi gran amigo Federico Monsalve, tesorero de la Obra su propuesta de que tomara a mi cargo el continuar las charlas que por radio San Sebastián pronunciaba cada primer sábado de mes D<sup>a</sup> Margarita Ituarte, Vda. De Larrañaga, fundadora de la Obra y entonces recién fallecida. La Obra nació de la penuria material y el fervor religioso de los primeros años de la posguerra española, y tuvo en sus orígenes, como objetivo –modificado con el tiempo y el cambio de las circunstancias- el de atender a los enfermos de tuberculosis.

Las charlas radiofónicas eran pequeños fervorines de diez o doce minutos, compuestos en el espíritu de la Virgen de Fátima y destinados a despertar en los oyentes la memoria de la Obra y solicitar su ayuda.

Acepté la propuesta. Además de la de ayudar a una buena causa me ofrecía la ocasión de dar forma y salida a personales problemas teológicos que entonces

tenía en mi mente. El resultado fue satisfactorio. Con la ayuda de Dios y dedicando a lo largo de cuatro años un tiempo mensual al tema, pude componer la serie de comunicaciones que ahora ofrezco, gracias a las cuales ha habido personas que hemos aclarado nuestra mente. Un amigo me escribía: "Qué gran placer entender tan bien lo que nadie me había explicado y sólo intuía confusamente"

La esperanza de poder seguir siendo cauce de luz para las inteligencias es lo que me mueve ahora a ofrecer de nuevo estas ideas a quien le plazca leerlas y considerarlas.

Como quiera que por diversas razones hay meses que carecen de su comunicación correspondiente, prescindimos, en beneficio de la continuidad, de consignar el mes y el año correspondientes a cada comunicación. Estas van precedidas de un número de orden correlativo escrito en caracteres romanos. Nos parece que las ideas que se exponen son en general lo suficientemente atemporales como para que incluso resulte enojoso para el lector el verse invitado a cada paso a considerar la fecha exacta en que fue escrita cada una de ellas. Baste la referencia general de que el período

completo va desde septiembre de 1984 hasta  
septiembre de 1988

[Volver al Index](#)

***LA OBRA DE FÁTIMA, OBRA DE LA VIRGEN, DE  
SU FUNDADORA Y DE TODOS***

Los filósofos griegos decían que el nombre que tiene cada objeto es la mejor descripción de lo que ese objeto es. Pensemos, pues, un poco en el nombre de nuestra Obra; OBRA DE FATIMA. Y empecemos hoy por fijarnos en la misma palabra OBRA. ¿Por qué se llama OBRA, y no, por ejemplo, “institución” u “organización”, etc.?

Se llama OBRA porque este término designa mejor que cualquier otro la radicación humana del nacimiento y desarrollo de esta nuestra realización de caridad. Muestra que la OBRA DE FATIMA radica en la humilde tierra de unas personas, más bien pocas, que con los sencillos recursos de sus cualidades humanas, le han dado nacimiento y desarrollo, como a una más de las obras buenas, que los cristianos estamos obligados a hacer en la vida.

Pero dentro de este humanismo y humildad de nuestra gesta, se pueden distinguir dos sentidos de la palabra OBRA. Una es la OBRA de FATIMA como OBRA

de su Fundadora, y otra es la OBRA de los que quedamos para continuarla.

Es verdad que la verdadera Fundadora de la OBRA DE FÁT1MA es nuestra Madre común, la Virgen Santísima. Pero también es verdad que Dios ha querido que sus dones sean también méritos nuestros, y que las obras buenas que nos hace hacer, aun inspiradas y fomentadas y acompañadas por la Mediadora Celestial, sean también obras nuestras, con la más genuina pertenencia. Y en este sentido hay que decir, y bien alto, que la Fundadora de la OBRA DE FATIMA es Doña Margarita Ituarte, que ya mira su Obra desde las balconadas del Cielo.

La Obra de Doña Margarita fue OBRA en el sentido más humano, profundo y original del término. Su gestación fue la de las grandes obras, grandes a pesar de lo relativo de la escala humana. Allá por los años 40, famélicos en general y desamparados, le impresionó hondamente la indigencia de los enfermos tuberculosos carentes de recursos. Puso en actividad todas sus facultades configuradoras, afectivas y decisorias y toda su voluntad, en orden a remediar eficazmente la necesidad. Trazó un plan de acción

modesto y sencillo. Eligió y conquistó colaboradores. Gestionó recursos, local y licencias eclesiásticas.

Y, sobre todo, puso amor, amor fuerte y constante, amor de la voluntad más que del sentimiento, amor que conoce desalientos y dudas de sí mismo, porque es imposible que no existan cuando el amor dura toda la vida; pero que siempre emerge, para dar constantemente frutos de eficiencia, el fruto de una OBRA benéfica y perdurable; una OBRA transida de limitaciones y con el sello de los defectos de quien la ha realizado, una OBRA modesta, una OBRA del humilde tamaño del hombre, Pero una obra también de personalidad propia, que contagia su espíritu y su alegría. Este es el sentido original de la OBRA humana. Esta es la OBRA DE FÁTIMA como OBRA de su Fundadora. Doña Margarita Ituarte. Ella puso el amor. Dios ha puesto el fruto.

El otro sentido de la palabra OBRA, la OBRA como respuesta de los que quedamos para continuar la de la Fundadora, está a bastante distancia del anterior. Nuestra OBRA no es más que un GESTO. Un GESTO es un movimiento de nuestros miembros y de nuestras facultades, toda cuya eficacia está en su fuerza significativa. Significa una determinada actitud

personal adoptada libremente y con sinceridad. Desde una buena voluntad, que nada tiene de heroica, realizamos un gesto de ayuda, que es más una manifestación de un sentimiento sincero, que un acto de eficiencia perdurable. La eficiencia la pondrá Dios, que conoce nuestra debilidad. Nosotros ponemos justo el gesto libre, repetido o no, quizás único en la vida. No importa. Lo importante es que el gesto de ayuda sea auténtico, que nazca del amor y que sea realizado con gozo y libertad. Y que, en su pequeñez, sea asumido por la Virgen, para que le otorgue el dar fruto.

Este gesto de ayuda está al alcance de todos. Ya lo es el haber escuchado con gusto esta pequeña charla. Lo es también una simple jaculatoria, que exprese ante Dios nuestro deseo de que los pobres sean socorridos.

## ***FÁTIMA EN EL TÍTULO DE NUESTRA OBRA***

¿Y por qué nuestro gesto de caridad se llama precisamente de FÁTIMA? ¿Qué relación tiene una Obra de asistencia a enfermos con las apariciones de la Virgen en Fátima el año 1917?

Claro que cualquier advocación religiosa es buena para titular una obra de caridad, Pero el que la advocación sea mariana y nos arraigue en Fátima, es lo que consagra la específica personalidad sobrenatural de la Obra, es lo que configura su fisonomía espiritual. Esa fisonomía de nuestra Obra manifiesta una personalidad humilde, enmarcada por las realidades cotidianas de la vida actual, pero afincada en la confesión decidida de la superioridad del espíritu sobre la materia; una personalidad que pone la adoración de Dios antes de todas las demás actividades humanas y como fundamento de todas ellas; una personalidad centrada en la cruz de Cristo, pero comprendiendo también que nuestro siglo es muy asténico e indeciso para entregarse al sacrificio heroico, y que en esa entrega apenas llega a más que

al gesto significativo y casi insignificante. Es una personalidad, además, eminentemente mariana, que descansa infantilmente en brazos de la Madre Celestial, y que está muy dispuesta a esperar que Ella multiplique por el infinito sobrenatural la eficacia material y espiritual de nuestros insignificantes gestos de amor a Dios y al prójimo.

Fátima es la gran revelación del siglo veinte y para el siglo veinte. Verdad es que no pertenece formalmente a lo que los teólogos llaman el depósito de la Revelación, Pero hay que estar ciego para no ver en Fátima la mano paternal de Dios, que se tiende a los hombres de este pobre siglo veinte, atribulado y desorientado como ningún otro. En Fátima ha encendido Dios, por medio de su Madre la Virgen María, una inmensa hoguera de espiritualidad, que reparte inagotablemente a toda la humanidad raudales de luz y de amor.

Esa hoguera ha sido encendida de una manera clamorosa, con un clamor cual no lo han escuchado jamás los oídos de la humanidad. En Fátima ha tenido lugar el milagro más espectacular que ha ocurrido en el mundo desde su creación. Y no hay exageración en lo que digo, teniendo en cuenta que he empleado la

palabra “espectacular”, y no “importante” o “grandioso”. El 13 de Octubre de 1917, en Fátima, 70.000 personas miraron sin daño al sol en su cenit, y durante diez minutos lo vieron danzar (es la palabra que pronunciaba la gente) girando vertiginosamente sobre sí mismo y lanzándose en zigzag hacia la multitud, despidiendo haces de llamas rojo sangre»

Este espectáculo, históricamente cierto, tan cierto como la propia guerra europea que entonces estaba cerca de su fin, fue el grandioso sello de Dios para las apariciones de la Virgen a Lucía Abóbora y a sus primos Francisco y Jacinta Mario, Sin hipérbole de ninguna clase se puede afirmar que espectáculo semejante no lo habían visto jamás ojos humanos, nunca será exagerada la atención que prestemos a Fátima y sus apariciones.

Por eso nosotros miramos hacia Fátima: con la misma sencillez con que, sin apenas reflexionar, miramos hacia un suceso espectacular que nos llama la atención mientras paseamos por nuestras calles. Dios, ahora, nos llama la atención hacia Fátima. Seguro que su mensaje no es distinto que el del Evangelio. Es el mismo, sólo que especialmente acomodado y acercado a nuestra mirada espiritual,

que necesita que se le acerquen mucho los objetos, porque es muy corta., Con sencillez, pues, dirigimos nuestra vista hacia Fátima, para encontrar en su mensaje las líneas que configuran la fisonomía espiritual de nuestra Obra.

***LA APARICIÓN DEL ANGEL DE LA PAZ***

Es el verano de 1916. Tres niños de nueve, ocho y seis años llenan con sus voces y risas la soledad inmensa del campo en que pastan las ovejas que les han encomendado sus padres. De pronto ven su alegría amenazada por una tormenta inminente, y se refugian en una cavidad de una ladera cercana. Siguen jugando. Pronto sienten hambre, se sientan y vacían sus zurrones. Después se arrodillan como todos los días, y rezan el rosario, sin saber que están recogiendo la antorcha de un relevo de oración mariana ya casi milenario. Apenas han reanudado sus juegos, un viento extraño hace susurrar como nunca las copas de los pinos que se extienden a sus pies. Intrigados se miran y dirigen a lo lejos su mirada investigadora. Entonces divisan una luz que se mueve sobre los árboles. Es de una extraña blancura, que Lucia, la niña mayor, identifica con la de un misterioso ser que el año anterior, junto con otras tres niñas, había visto en la lejanía. Ahora la luz se aproxima hasta detenerse en la entrada misma de su refugio.

Los niños la miran estupefactos. El ser que tienen delante tiene facciones humanas, pero de una belleza indescriptible, y brilla "como nieve que el sol atraviesa hasta hacerse cristalina", según describe Lucía.

El extraño ser habla:

-No asustaros. Soy el Ángel de la Paz-

Pasmoso respeto el de un ángel que saluda y se presenta a tres mocosos incultos e insignificantes. El Ángel sigue hablando:

-Rezad conmigo-

Y se arrodilla en el suelo hasta tocarlo con la frente.

Y reza:

-¡Dios mío, creo, adoro, espero y os amo! ¡Os pido perdón para aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no os aman!-

Repitió la oración tres veces. Después se levantó y dijo:

-Rezad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas-

A continuación desapareció como si se hubiese disuelto en la luz solar.

Esta escena de admirable sencillez y esencialidad está preñada de luz y significado.

Adán, cuando salió de las manos creadoras de Dios ¿realizaría un gesto distinto al del Ángel que se arrodilla hasta tocar el suelo con la frente? ¿Puede ser otro que éste el gesto primero y original de un hombre que se mira a sí mismo, después al mundo y, por fin, asciende con su mente como una flecha hacia Dios, encontrándole Padre omnipotente y omnipresente, Principio y Fin de todo lo que ve? La religiosidad, el afecto que embarga al alma y la inclina a rendirse ante Dios en un acto de adoración total, es la primera respuesta del hombre ante Dios, que le ha dado el ser y la creación entera. Y el gesto del Ángel es el primitivo, universal y perenne gesto de la religiosidad de un hombre dotado de un cuerpo y sostenido por la

tierra. ¿O tendremos que pensar que el Ángel no hace más que acomodarse a la mentalidad un tanto servil de aquellos niños, que probablemente nunca han visto a nadie rezar en esa postura?

Con nuestra moderna repugnancia a arrodillarnos ante Dios ¿no estaremos perdiendo precisamente lo más precioso del acto de adoración, que es la totalidad, significada en el gesto de profunda humildad del Ángel? No sé si volveremos a arrodillarnos en nuestros templos y, especialmente, al recibir la Sagrada Comunión. Pero no estaría de más que cada uno, en el secreto de su aposento y cerrada la puerta, como aconseja Jesucristo, realice con frecuencia este acto de adoración que nos enseña el Ángel de Fátima.

La oración del Ángel, inseparable de su gesto de humildad, la comentaremos, Dios mediante, el próximo primer sábado de mes. Hasta entonces la Obra de Fátima os desea a todos paz y bien y os recuerda que si alguien quiere contribuir a sus atenciones de asistencia con donativos o género, puede entregarlos en la Residencia de los PP. Jesuitas, Garibay 19, a nombre de la misma Obra. Muchas gracias.

## IV

### ***LA ORACIÓN DEL ÁNGEL DE LA PAZ***

Pero escuchemos despacio la oración del Ángel:  
“¡Dios mío, creo, adoro, espero y os amo! ¡Os pido perdón para aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no os aman!”.

Es una jaculatoria. “Jaculatoria” deriva del latín “iáculum”, que significa “dardo”. La jaculatoria es pues un dardo. Un dardo tiene como objetivo el corazón de la persona a quien se dispara. La jaculatoria tiene el mismo objetivo, el corazón; sólo que el corazón de Dios. El que recibe un dardo en el corazón está muy lejos de quedar impasible ante él. Al contrario. No hay herida y conmoción superior a esa. Dios tampoco queda impasible ante una jaculatoria. Queda herido. Y nada menos que en el corazón.

Así es la oración del Ángel de la Paz: una jaculatoria. Una jaculatoria que sintetiza toda la religión y la religiosidad verdaderas.

“¡Dios mío, creo, adoro, espero y os amo!”:  
Son cuatro actos del alma, que salen, como dardos de fuego, del corazón del hombre hacia el corazón de

Dios. Cuatro actos que tienen además el sello que ha de tener toda respuesta del hombre a Dios: la totalidad y la pureza. Son actos que brotan sencillos de la libertad del yo directamente hacia el Tú de Dios. Por medio de ellos se entrega a Dios en totalidad y pureza el entendimiento, la memoria y la voluntad del alma. En entendimiento en el "creo" y "adoro" la memoria en el "espero" y la voluntad en el "te amo".

El alma que cree se abraza a la Verdad divina simplemente porque es divina. No descansa en una verdad cuya evidencia le arropa y le asegura. Descansa en un Dios libre y amoroso, que le testifica y le garantiza la verdad, y a quien libremente se ha entregado. El alma que cree se vende a Dios-Verdad.

El alma que adora queda embargada por la majestad de Dios, a quien entiende y reconoce Infinito, Absoluto, Omnipotente, Padre y Creador, es decir, sencillamente, Dios. El alma que adora se entera de que desde siempre ha sabido quién es Dios, y pronuncia con el lenguaje del reconocimiento, en totalidad y pureza, desde el más íntimo núcleo de su "yo", la primera y última palabra de la religión verdadera: Dios es Dios.

El alma que espera entrega a Dios toda la duración de su propio ser, al que sabe eterno. El alma que espera descansa en Dios, se fía de Dios. Como Jesús, no tiene en toda la creación dónde reclinar la cabeza, porque la reclina solamente en el Creador, en cuyos brazos se dispone a conciliar un sueño eternamente perdurable.

El alma que ama lleva a su consumación la Fe, la Adoración y la Esperanza, y desde el fondo de su ser, en lo que éste tiene de pretensión y de querer, en lo que tiene de voluntad, se convierte en un sí total a Dios, en un puro acto de entrega, en el que el Tú de Dios ha sustituido al yo del alma, después de aniquilarlo.

La jaculatoria del Ángel, en su admirable sencillez, contiene, pues, el núcleo y el todo de la verdadera religiosidad. Es el primero y fundamental quehacer del hombre en esta vida.

Así pues, en el pórtico todavía del siglo XX, el más turbulento y crítico de toda la historia, en el que los problemas individuales, familiares, sociales y políticos se han complicado e implicado de tal manera que no se les ve solución humana, un siglo en el que, como en ningún otro, se ha sentido la necesidad

urgente de programas de acción, Dios nos ofrece no un programa de acción, sino una jaculatoria, Dios nos invita no precisamente a transformar el mundo, sino a herirle el corazón con el dardo de la fe, la adoración, la esperanza y el amor, ofreciéndole además reparación por el ateísmo de los seres humanos ¿Qué paradoja es ésta? ¿Qué Dios desconcertante es este que tenemos?

## ***¿CUÁL ES EL CORAZÓN DE DIOS?***

¿Por qué esta actitud de Dios? Es que Dios no nos pide nuestra acción. Porque lo que necesita de nosotros, y con urgencia, no es nuestra acción, sino nuestra libertad.

No necesita nuestra acción porque se basta y se sobra para solucionar Él solo todos los problemas del mundo. Pero sí necesita, porque ha querido necesitarla, nuestra libertad. Necesita que le entreguemos nuestra libertad en un acto de fe, de adoración de esperanza y de amor. Necesita que abramos nuestro yo, enmudecido y cerrado por el egoísmo, a la palabra por excelencia, la palabra que resume lo más puro de nuestros diccionarios humanos, la única palabra que registra su diccionario divino, la palabra Tú.

No necesita nuestra acción y nuestras cosas porque las tiene todas. Necesita nuestra libertad, nuestro libre amor, porque es lo único de que carece. ¿Pero cómo puede Dios carecer de algo? ¿No posee, y en grado infinito, todas las perfecciones de sus

criaturas, y todas las perfecciones posibles, aunque no participen de ellas ninguna de sus criaturas? Así es. Pero, sin embargo, Dios carece sencillamente de lo que ha querido carecer. Y creando nuestra libertad ha renunciado a ser el dueño del fruto exacto de nuestra libertad, que es que prefiramos amarle a Él antes que a nosotros mismos. Dios ha querido dejar por completo en nuestras manos esta elección. Podía habernos creado dotados de tal naturaleza que careciéramos de libertad en el momento de entregarle nuestro amor. Por ejemplo, como los niños carentes todavía del uso de la razón, que entregan a su madre su cariño llevados de un instinto necesario e incoercible. Entonces no seríamos nosotros los dueños de nuestra elección de amar a Dios antes que a nosotros mismos, Esa elección sería propiamente de Dios, y no nuestra. Como que ni siquiera sería elección, sino necesidad psíquica irreprimible. No. Dios no nos ha creado así. Nos ha creado libres y dueños de nuestro sí y de nuestro no. Y con ello ha renunciado Él a ese dominio, y se ha convertido en mendigo de nuestro amor.

¿Es que está Dios Jugando con su poder infinito y con su propia libertad de renuncia, para, a la postre,

procurarse la satisfacción de contar con el amor libre de sus criaturas libres? Noble sería esa satisfacción; pero pretenderla para sí mismo no parece muy propio de un Dios que es, todo El, Amor. Aparte de que ya posee todas las satisfacciones y no necesita ninguna. ¿Qué pretende entonces Dios con sus renunciaciones? Pura y simplemente darse al hombre en un acto perfecto de amor perfectamente logrado.

Por parte de Dios siempre es perfecto el amor con que ama al hombre, lo mismo que a cualquier otra de sus criaturas. Pero para que ese amor esté perfectamente logrado es necesario que sea libremente aceptado y respondido por parte de la persona amada. Sólo entonces el amor se convierte en un verdadero diálogo, y deja de ser un monólogo. Sólo entonces la criatura amada está capacitada para recibir en plenitud el don que Dios quiere hacer de sí mismo.

Así que Dios ha renunciado al dominio de nuestra libertad, no para procurarse ninguna satisfacción personal, sino para poderse entregar de una manera perfectamente lograda.

Esta plena y lograda entrega de sí mismo a sus criaturas libres, Dios la pretende con absoluta seriedad

y totalidad, poniendo para ello todos los medios necesarios, por costosos que le sean. Esta divina entrega es la voluntad de Dios por excelencia. Esta es la voluntad de Dios que pedimos en el Padrenuestro que se cumpla en la tierra como en el cielo. Esta divina voluntad de entrega total de sí mismo a sus criaturas libres es precisamente el Corazón de Dios. Por eso está muy lejos de ser indiferente a nuestra fe, adoración, esperanza y amor. Por eso nuestras jaculatorias le hieren con la más sabrosa de las heridas que conoce el Amor. Y por eso lo primero y, en resumen, lo único que quiere de nosotros es que le vulneremos el Corazón con nuestras jaculatorias. Y por eso el Ángel de Fátima, en cuanto posó sus pies en esta tierra, sin perder tiempo ni ampliar exordios, ciñéndose a lo esencial con sublime sencillez, se arrodilló en el suelo, se postró hasta tocarlo con la frente, y dijo: "¡Dios mío, creo, adoro, espero y te amo! ¡Te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, ni esperan y no te aman!

## VI

### ***¿OFENDE A DIOS EL INCREYENTE?***

Pero consideremos también la segunda parte de la jaculatoria del Ángel: “Te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no te aman”.

De ser sinceros, tenemos que confesar que esta petición de perdón nos escandaliza. Nos escandaliza porque da por supuesto que los que no creen o no adoran o no esperan o no aman al Dios de los pastorcitos de Fátima, le ofenden. El Ángel parece que ignora por completo la importancia que, a la hora de calibrar un pecado, damos nosotros a la conciencia subjetiva, a la diversidad de mentalidades y educación, y a la libertad religiosa. Nuestro deseo sería manifestar al Ángel, y con cierta irritación, la siguiente réplica:

“¿Entonces, para ti, Ángel de la Paz, cualquiera que deje de hacer en su vida alguno de esos actos de religión, creer, adorar, esperar o amar, sean cuales sean las circunstancias o motivos por los que los omite, ofende a Dios y necesita ser perdonado por El?

¿No sabes, Ángel, que si una persona, en la sinceridad y libertad de su conciencia, decide que no existe Dios, y que, por lo tanto, no tiene por qué creer en El, debe ser tenido por tan digno e inocente como el que decide lo contrario? ¿No sabes que la adoración y esperanza en Dios se presta a peligrosas alienaciones y evasiones de los compromisos urgentes de entregarse al trabajo por hacer un mundo más humano y habitable, y que hay que dudar si no ofenderá más a Dios el creyente descomprometido que el incrédulo comprometido? Llamo, Ángel, creyente descomprometido al que se ocupa en hacer actos de fe, adoración, esperanza y amor de Dios, pero no se compromete en la lucha concreta por la paz, la justicia y la libertad. Y llamo incrédulo comprometido al que se entrega a esta lucha con toda su sinceridad y dedicación, alistándose en alguna organización pacifista o liberadora o incluso política, pero ni cree, ni adora, ni espera ni ama a Dios, porque no lo encuentra en su conciencia, ni siente la necesidad de hacer esos actos religiosos. Sábetelo, Ángel, que nosotros ahora pensamos que éste que estoy llamando "incrédulo comprometido" es más grato a Dios que el "creyente descomprometido, y que Dios mismo no se cuida tanto de nuestros actos de religión

para con El, cuanto de vernos comprometidos en integrar organizadamente nuestra acción en el esfuerzo, que tantos hombres de buena voluntad, creyentes o no, de derechas, de centro o de izquierdas, aportan a la causa de la paz y de la liberación de los pueblos. Y que si nos ve así, comprometido no le importa demasiado nuestra fe, adoración, esperanza y amor a El. Con esta condición, aunque digamos rechazarle, no se da por rechazado. Importa, Ángel, el compromiso temporal. La religiosidad es indiferente. y empieza y acaba en la libre conciencia de cada uno”.

En estos o parecidos términos expresaríamos nuestra réplica al Ángel de la Paz Y ¿cómo nos respondería él? Se volvería dulcemente a arrodillar, inclinándose hasta tocar el suelo con la frente, y volvería a rezar “¡Dios mío, creo, adoro, espero y te amo! ¡Te pido perdón por aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no te aman!” Y después de rezar así por tres veces, se volvería a levantar y se nos quedaría mirando a los ojos con paz y mansedumbre, pero sin despegar los labios. Y con su gesto y su silencio, nos diría con divina elocuencia, que efectivamente es tiempo de actuar; pero que la

actuación verdaderamente urgente es la de creer, adorar, esperar y amar a Dios, y pedirle perdón por los que no creen, ni adoran, ni esperan, ni le aman. Y que Dios se siente ofendido cuando algún hijo suyo no cree, no adora, no espera o no le ama, por muy libre y sincero que haya sido en su conciencia, y por muy comprometido que esté en la lucha por la liberación de los pueblos.

Tal sería su silencioso mensaje. Y para comunicárnoslo escogería el silencio antes que la palabra, precisamente para respetar más nuestra libertad, y para quitarnos las ganas de seguir enredándonos en nuestras filosofías, que pretenden conocer a Dios y al hombre mejor de lo que El mismo se conoce y nos conoce.

## VII

### ***¿EXISTE PARA DIOS EL INCREYENTE DE BUENA FE?***

¿Y en qué grado y modo ofenden a Dios quienes no creen en El, no le adoran, no esperan en El y no le aman?

Una primera respuesta es la de medir el pecado de irreligión por el grado de voluntariedad y libertad que haya en él. Y así es legítimo decir que una persona que, durante una larga época de su vida, en paz y libertad interior, ha entendido quién es Dios, y le ha entregado su fe, adoración, esperanza y amor, pero después, sin especial perturbación en las circunstancias de su vida, por pura soberbia y cansancio de amar, en libertad y lucidez mental, depone su religiosidad y decide despreciar a Dios y negarle, comete un gravísimo pecado y es muy digno de que sus hermanos se compadezcan de él y pidan por él perdón a Dios. Y que, sin embargo, otra persona que ha nacido y crecido en un ambiente irreligioso y ateo y que además, sin culpa suya, ha estado solicitada y absorbida por una angustiada

penuria de pan, justicia, comprensión y afecto, tendrá muy poca culpa, si tiene alguna, en su irreligiosidad y ateísmo. Y que, entre estos dos extremos, hay una amplia gama muy matizable.

Esta respuesta es válida, pero no es la que nos sugiere la actitud del Ángel de Fátima. El Ángel no hace distinciones, sino que, rindiendo toda pretensión de presentar a Dios derechos de los incrédulos en descargo de su incredulidad y ateísmo, le pide con una absoluta humildad y reverencia, perdón por ellos, sin atender a circunstancias exteriores, ni modos subjetivos de pensar, que pudieran exculparles. No es que el Ángel desconozca la casuística y deje de concederle su valor, sino que se encuentra urgido por dos características básicas de la religión: la absolutez y la libertad.

Dios, ciertamente, es comprensivo. Es poco decir que es más comprensivo que lo que pueda ser quien mejor nos quiera. Quien nos ha creado y nos ama a cada uno con amor infinito, como si fuéramos la única criatura salida de sus manos, nos reserva, para el momento del encuentro, la primera experiencia de auténtica comprensión de toda nuestra vida. Ni tampoco se puede decir que es comprensivo a modo

de un juez que atempera su sentencia condenatoria con la comprensión de las circunstancias atenuantes. Dios nos da sólo la comprensión, y nos deja en nuestras manos el juicio y la sentencia. Nuestra libérrima aceptación o rechazo final de su amor es nuestro juicio y nuestra sentencia.

Dios es comprensivo, pero también es absoluto. Nuestro sí lúcido y total a su amor lo pretende Dios de una manera absoluta. No le satisfacen los futuribles, no le satisface el poder decir: "Este no me adora, pero me adoraría si,..". Quiere simplemente nuestra adoración y nuestra fe, esperanza y caridad totales y de hecho. Su donación de sí mismo es un hecho transido de urgencia, que exige el hecho de nuestra entrega luminosa y plena. Y mientras no cuente con el hecho de nuestra adoración y amor, se encuentra insatisfecho. Dios es Dios de plenitudes y totalidades. Por eso, el Ángel de la Paz, sin distinciones ni paliativos, pide a Dios perdón por todos los que no adoran ni creen ni esperan ni aman.

Hay otra nota del acto religioso que le urge al Ángel a no hacer distinciones: la libertad. El acto radical de la Religión es el sí del alma por el que se entrega del todo a Dios en adoración, fe, esperanza y

caridad. Y este acto es eminentemente libre. Como que precisamente en orden a él es por lo que nos ha dado Dios la libertad. Y el comprobarlo está en mano de cualquiera. Haga un acto de adoración sincero, total y secreto, y verá que nunca ha experimentado en su interior la libertad de una manera tan presente como entonces. Verá también, y correspondientemente, que el cúmulo de dificultades que se le han presentado a lo largo de su vida para hacer ese tipo de actos, y que a él le ha parecido siempre que en ninguna manera estaban provocadas por él, sino que las sufría pasivamente, no existen sin una secreta e íntima complicidad de su libertad, complicidad que nunca ha querido de veras confesarse a sí mismo.

Díos conoce nuestras secretas falsedades y las comprende. Pero es Dios de totalidades y plenitudes, y no puede menos de quedar insatisfecho mientras no sea total nuestra sinceridad y nuestra libertad interior. Por eso el Ángel de Fátima calla ante nuestra avalancha de excusas y nuestros montajes filosóficos a favor de la impiedad. Este tipo de falsedades nunca se verán mientras libérrimamente no se quieran ver. Pero repite una y otra vez, sin atenuantes ni

explicaciones: “Te pido perdón por los que no adoran ni creen ni esperan ni te aman”.

## VIII

### ***EL ESCÁNDALO DEL SILENCIO DE DIOS***

Pero debemos ahora enfrentarnos con el gran escándalo de toda esta sublime doctrina de la mutua entrega entre Dios y el hombre: el silencio de Dios. Si la inmensidad de Dios llena el universo, se nos ocurre que el mundo debería estar lleno de sus ecos, y estos debieran ser perceptibles por el más sordo. Pero el mundo no vemos que nos ofrezca más que realidades materiales que se hablan a sí mismas, y no manifiestan a Dios más que si uno, con bastante esfuerzo y después que libremente quiera ponerse a ello, quiere aguzar el oído para escuchar no sé qué oscuro lenguaje de un Dios demasiado escondido. Y en la vida ordinaria, con toda sencillez, se nos pasan los minutos, las horas, los días y, muy frecuentemente, hasta los años, sin que pase por nuestra mente ni la sombra de un recuerdo de Dios. Si tan clamoroso es su amor, pensamos, debía ser audible no solo en grado suficiente para provocarnos de vez en cuando un pensamiento que tuviera a Dios por objeto, sino que nos debía ser materialmente imposible escuchar una voz que no fuera la suya, y acordarnos de otra

cosa que no fuera É1. Y por fin, al menos, cuando uno se toma el trabajo de arrodillarse en tierra hasta tocar el suelo con la frente, para rezar con toda su sinceridad "Dios mío, creo, adoro, espero y te amo", nos parece que deberíamos sentir inmediatamente la respuesta de Dios en forma de una avalancha de felicidad interior, y de una solución inmediata de nuestros problemas exteriores.

Pero ni por dentro viene la felicidad completa, ni por fuera quedan los problemas solucionados.

Dios calla con una persistencia desconcertante. Y aunque de vez en cuando acompañe a nuestros actos de religión una profunda sensación de paz, y con buena voluntad nos parezca oír en ciertos momentos, en que nos parece que nuestros problemas se resuelven, la voz de Dios que responde a nuestra oración, es más frecuente la sensación de que nuestra oración se ha perdido en el vacío, y la impresión general de que nuestra vida está rodeada del silencio de Dios.

¿Por qué calla Dios?

Dios calla porque quiere que lleguemos al fondo de nuestra libertad. Quiere que nuestra aceptación de su amor y nuestra entrega a El estén completamente

desembarazadas de todo tipo de tensiones y pretensiones del amor propio, y que se realicen en el hondón del alma, donde anida el silencio y la verdadera libertad. Todo este alboroto que, salido de todos los rincones de nuestro ambiente social, político, profesional y hasta familiar, nos martillea constantemente los oídos reclamando libertad, nace, en el mejor de los casos, de una muy pobre experiencia y de un muy bajo ideal de la libertad. Por lo general, en el fondo de esta pretensión de libertad late, en mayor o menor grado, el egoísmo y amor propio. Se pretende libertad para escoger las cadenas con que hemos de sujetar el alma a su propia comodidad.

Un Dios que, al primer gesto de adoración, nos inundara de felicidad, nos haría flaco servicio, porque inmediatamente habríamos de poner esa felicidad al servicio de nuestro bienestar personal. Y si nos concediera, nada más pedírsela, la solución de nuestros problemas, tal y como nosotros la ideamos, con frecuencia no haría más que ayudarnos a encadenarnos a un modo materialista y egoísta de gozar de la vida. Cuando el alma ha aprendido a descansar en la adoración de Dios mucho más que en

la felicidad que produce la adoración de Dios, y ha aceptado que vale más el mero gesto por el que rendidamente, mendicantemente, filialmente, le pedimos a Dios la solución de nuestros problemas, que el mismo encontrarlos solucionados de hecho, entonces está entrando en su propio hondón y en el camino de la verdadera libertad. Entonces su religiosidad descansa verdaderamente en Dios y no en los bienes que por medio de ella se pueden conseguir de Dios. Entonces empieza a desembarazarse del amor propio y del egoísmo, y se entera de que en esa su simple pretensión de descansar aquí y ahora en Dios, es cuando, en verdadera libertad, está entregándole a Dios su libertad. Y esto, precisamente esto, que le entreguemos libremente nuestra libertad, es lo que Dios pretende con su silencio, y con toda su actuación en el mundo, desde que empezó a actuar hacia fuera de sí mismo.

**LA SIESTA Y EL JUEGO DE LA HUMANIDAD  
ACTUAL**

Fátima 1916. Es uno de los días más calurosos del verano. Al mediodía, durante las horas ardientes de la siesta, Lucía Abóbora y sus dos primitos, Francisco y Jacinta Marto, después de haber cobijado a sus ovejas, juegan distraídamente junto al pozo tras la casa de los Abóbora, a la sombra de las higueras. De pronto levantan la vista y vuelven a ver a su lado al Ángel que se les había aparecido pocas semanas antes.

¿Qué hacéis?- les dice -¡Rezad mucho! Los corazones de Jesús y María tienen designios misericordiosos para vosotros. Ofreced constantemente plegarias y sacrificios al Altísimo

—

¿Cómo debemos sacrificarnos?- pregunta Lucía. El sacrificio que ofrezcáis ofrecedlo con toda vuestra voluntad, como acto de reparación por los pecados con que El es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así la paz sobre vuestra Patria, Yo soy el Ángel de su

guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os enviará.-

Y tras este sencillo discurso desapareció el Ángel.

De nuevo la urgencia. Tres niños, que no suman, entre los tres, 25 años, con una jornada ordinaria completamente ajustada a una durísima ocupación, con prácticas religiosas diarias, abundantes y tomadas en serio, que se han permitido la módica expansión de jugar un poco mientras los mayores seestean, son reprendidos desde el Cielo por estar perdiendo el tiempo. ¿Y cuál es esa ocupación tan urgente a la que se deben entregar? ¿Es la de trabajar incansablemente para liberar de la pobreza a su familia o a su pueblo? ¿O quizás la de estudiar para salir de la incultura de siglos que les mantiene en el subdesarrollo? No. La ocupación para la que con tanta urgencia son arrancados de su sencillo y tempestivo esparcimiento, es la de rezar. "Rezad mucho". De nuevo la Religión en su más primitiva y esencial manifestación: abrir el alma a Dios en adoración,

súplica y amor, para religarla con El. Pero ¿no es el Ángel demasiado severo y exigente con los niños?

Es que no es a ellos a quienes principalmente está dirigida la reconvención angélica. Las apariciones de Fátima fueron todas ellas un mensaje de Dios para toda la humanidad. Los niños no hacen más que representarla. Aquel caluroso mediodía del verano de 1916 el hortecillo de la casa de los Abóbora en Fátima representaba a toda la humanidad. Una humanidad degradada hasta el punto de no concebir la vida más que para sestear y jugar. Los hombres del siglo XX ya no son centinelas que se saben en la noche y vigilan y esperan la aurora. La civilización actual se cree en pleno medio día. Ha hecho de la luz de este mundo su sol, y ha puesto a este sol en el cenit de sus deseos y de su sistema de valores. El sol es el progreso y la paz, pero meramente intramundanos e intrascendentes. El progreso se detiene en los avances de la técnica y de la medicina, y la paz no pasa de ser un equilibrio de egoísmos que nos garantice en el mayor grado posible el goce personal de las satisfacciones de la vida terrena. Este es nuestro caluroso mediodía. De la noche nos hemos olvidado. Es decir, nos hemos olvidado de que el hombre en

esta tierra vive de noche y espera la luz del sol para un mañana que está después de la muerte. Por eso, concentramos el ardor de nuestros deseos en el sol que nos hemos creado, y sentimos calor, un calor ardiente que nos produce sueño. Y dormimos, y garantizamos así nuestro olvido de la verdadera aurora.

Y jugamos. Porque no sabemos hacer otra cosa. Todo el tinglado de la vida se ha convertido en nuestro siglo en un inmenso juego. El juego de los niños se mantiene gracias a una ilusión, voluntariamente provocada, que confiere cierto valor absoluto a objetos y acciones carentes de valor intrínseco, y que provoca una cadena de gestos y movimientos que redundan en una satisfacción personal. Es justamente lo que hacemos. Llenamos nuestra vida de ocupaciones, que incluso con frecuencia llamamos productivas, y se nos pasan los años, y quizás la vida entera, sin cuestionarnos siquiera a dónde vamos. Y si alguna vez lo hacemos, es para respondernos que vamos sencillamente a vivir, a vivir entretenidamente esta nuestra vida terrena.

Este es el hortecillo de la casa de los Abábora donde irrumpe el Ángel. Viene del mañana eterno que está tras la noche de esta vida. Viene con luz muy distinta a la nuestra ilusoria y ardorosa. Suavemente deposita una chispa de la suya en los ojos de los niños, que en ese momento son los ojos de la humanidad entera entregada al sueño y al juego. Los niños son sacados de la dimensión temporal, y el “qué hacéis” del Ángel les entera de que no estaban haciendo otra cosa que perder el tiempo. Han entrado en otra dimensión, en la que está en vigor un sistema de valores radicalmente nuevo para ellos, y tienen que escuchar del Ángel el plan de acción, que es apremiante y hasta perentorio.

¡Rezad mucho! Ofreced constantemente plegarias y sacrificios al Altísimo”.

Oración, ofrecimiento, plegaria, sacrificio. Es su nuevo vocabulario, que tiene que sustituir al antiguo de sueño, satisfacción, entretenimiento y juego.

***EL SALTO A LA ESPERANZA***

El Ángel aparecido a los niños de Fátima en el hortecillo de la casa de los Abóbora, tras intimarles a rezar mucho, añade: “Los corazones de Jesús y de María tienen designios misericordiosos para vosotros”. Con ello, a la recomendación de rezar, dirigida a la humanidad entera, se añade la certificación de que estamos protegidos por la misericordia celestial.

Son dos actitudes, la oración y la confianza, cuya radicalidad corre peligro de quedar ignorada y hasta despreciada. El de practicarlas nos parece un consejo barato, a la mano de cualquier persona medianamente bienintencionada y piadosa, y cuya puesta en práctica justamente acaricia la superficie más fácil de nuestro ser. Se nos antoja que se nos exhorta solamente a poner en nuestra vida un pegote dulzón y meloso, carente por completo de la facultad de conmovérla.

Pero para poner pegotes no es necesario que bajen del cielo los ángeles.

Si el rezo es la primera de las necesidades humanas, quedan desbaratados los apoyos normales del funcionamiento de nuestro ser. Si el rezo no es un recurso más, sino la necesidad básica, el estado básico de nuestro ser es el de indigencia y carencia, y no hay ninguna clase de posesiones y tenencias que consoliden la estructura de nuestra personalidad. Rezando con sinceridad, desnudamos ante Dios nuestra íntima verdad, y queda entonces patente que todas nuestras posesiones y tenencias son pura precariedad, y que es una fatuidad alegar ningún tipo de derechos. No porque Dios se comporte despóticamente con nosotros; sino porque los derechos suponen posesiones propias, y ante Dios, nada de lo que tenemos es propio nuestro: todo es de Él. ¿Y quién concibe, sobre todo en nuestra época, que pueda tener la más mínima solidez una personalidad carente de todo derecho?

Claro que nos queda el recurso de enfadarnos. Nos enfadamos con Dios ante el infortunio. Protestamos, le llamamos injusto y le decimos que no hay derecho. O nos refugiamos en la sutil forma de orgullo y enfado de creernos víctimas de un destino tercamente adverso. Son actitudes pueriles, viejas

como el mundo, pero capaces de tener a una persona ofuscada hasta la hora de su muerte. Y así, mediante el enfado, logramos mantener la consistencia falsa de nuestras tenencias y posesiones.

El desbaratamiento viene cuando somos capaces de deponer nuestro enojo contra Dios en el infortunio, reconocer que no merecemos ni siquiera vernos libres de él, y aceptar nuestra radical mendicidad y carencia de derechos. Perdemos entonces por completo el apoyo en nosotros mismos, y entendemos por primera vez el significado del término "esperanza". Que es la adhesión del alma, salida ya de sí, a un Dios omnipotente, a quien se ha decidido aceptar como bueno y deseoso de acogernos gratuitamente en su seno y sanarnos.

Esta es la esperanza. Difícil aunque dulce; dulce aunque difícil. En resumen, es difícil porque es libre. Y lo verdaderamente libre es también difícil. Una vez desasidos los pies del apoyo acogedor de las que creemos ser posesiones y tenencias nuestras, queda liberada también nuestra misma libertad, que, en realidad, estaba trabada por el apego a la seguridad personal. Y la opción de la esperanza se presenta acompañada de la experiencia intensa, quizás la

primera, de una verdadera libertad. Y como la verdadera libertad es lo más nuclear de la vocación de ser hombres, sentimos el miedo que suscita el contacto solitario con nosotros mismos y la inminencia de los trances decisivos. Y así resulta que la libertad se hace difícil. Y el salto a la esperanza es como el del paracaidista que ya ha despegado los pies del avión, pero todavía no ha visto abrirse el paracaídas. Y entonces se entiende que la invitación a la confianza no tiene nada de superflua ni barata. Por eso, porque el Ángel nos invita a un rezo radical y omnicomprendido, no a un rezo sobreañadido y de relleno en una vida ya suficientemente satisfecha de sí misma y sus seguridades, añade inmediatamente y con urgencia, la invitación animadora y reconfortante a la confianza: "Los corazones de Jesús y de María tienen designios misericordiosos para vosotros".

Apela el Ángel en su invitación a la presencia en nuestra vida de dos personas que han de solucionar nuestro miedo a saltar al vacío, y con las que quizás, en realidad, no habíamos contado.

***LAS GRANDES PRERSENCIAS INVISIBLES  
DE NUESTRA VIDA***

El Ángel de Fátima, en su aparición en el hortecillo de la casa de los Abóbora, les dice a los niños videntes, para animarles y animarnos a la esperanza: "Los Corazones de Jesús y de María tienen designios misericordiosos para vosotros". Introduce en escena a dos personas, que menciona ahora por primera vez: Jesús y María. Y las menciona de una forma, que, por sernos ya familiar, no nos sorprende, pero que hemos de reconocer que es extraña: con un circunloquio que presenta en primer plano el término corazón, "los Corazones de Jesús y de María". Estas dos personas tienen en su mano, de una manera misteriosa, el destino de la vida de los hombres, pero lo dirigen inspirados por una gran misericordia.

Cierto que al corazón humano le asedia con frecuencia una gran soledad, y que tiene una tendencia espontánea a inventarse presencias invisibles que le acompañen y le reconforten. Pero esto no nos da derecho a suponer que es imposible en

la vida de los hombres otra clase de presencias invisibles, que no sean las engañosas y fantásticas de la imaginación que busca infantilmente fáciles y cálidas compañías. El espíritu y su supervivencia tras la muerte es la realidad más imponente de la vida humana. El espíritu del hombre existe, y sobrevive tras la muerte, con una precisa individualidad nítidamente idéntica a la que poseía en la tierra. Y tras la muerte, es muy consciente de su valor, y del de los otros espíritus, encarnados o no, con quienes se sabe en comunión eterna. No es que queramos predicar un espiritualismo supersticioso y vano. Pero a la más pura tradición cristiana pertenece la verdad de que no estamos solos en la vida. Hay otros espíritus, dotados de personalidad e historia propias, que conocen la nuestra y nos acompañan.

Quiénes son, en qué grado y forma nos acompañan, son cuestiones de las que poco sabemos y mucho ignoramos; y no hace al caso. Suficiente y decisivo es, sin embargo, lo que sabemos de las dos personas aquí mencionadas, Jesús y María, que además no son espíritus desencarnados, sino portadores ambos, de misteriosa manera, de un

verdadero cuerpo humano, el mismo que tenían cuando salieron de las dimensiones terrenas.

María, la virgen judía madre de Jesús, de vida silenciosa, dolorosa y amorosa como no ha habido otra ni la habrá entre las puras criaturas humanas, cumple este año 1985 dos mil de existencia, dedicada a hacerse presente y asistir a la vida de todos y cada uno de los hombres que han vivido y viven en esta tierra. Dotada de incomprensibles capacidades que rayan en la omnipotencia divina, las pone al servicio de su libre e inconmensurable amor a los hombres, a quienes nos atiende y conoce uno a uno, con nuestra propia personalidad e historia, sin sombra de olvido en su perseverancia, acusando en su corazón apasionado todas las incidencias de nuestra vida, hasta las más mínimas.

Jesús, encarnación de un Dios enamorado de los hombres, que con la sencillez y prontitud de un enamorado toma sobre sus espaldas la misión de limpiarnos, desbastar nuestra rudeza, educarnos y embellecernos a todos y cada uno de los hombres para unas bodas eternas con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, prepara desde el día de su Resurrección nuestra morada en el Cielo, presente

más que nadie a nuestra vida, con nuestro nombre constantemente en sus labios, con nuestros ojos constantemente reflejados en sus pupilas.

Estas son las grandes presencias invisibles de nuestra vida. De vez en cuando, pero más bien escasamente, se hacen visibles. Pero no es éste su estilo. Sería fatal que, aprovechando que han entrado en nuestra dimensión, pretendiéramos reducirles a ella. Más bien somos nosotros los que tenemos que salir de ella para entrar en la suya y gozar del gozo puro de la fe. Por eso conviene muy mucho que su presencia sea invisible.

Y conviene también que les llamemos con el nombre un tanto sorprendente, pero íntimamente humano y exactamente cordial de 'los Corazones de Jesús y de María'. Su presencia y su amor, únicos y decisivos en la vida de los hombres, deben ser subrayados con una denominación audaz y también única: poniendo delante y en primer plano la palabra más íntima y humana de nuestro diccionario, la palabra corazón.

Crear cordialmente en "los designios misericordiosos de los Corazones de Jesús y de María" es poner en nuestras almas alas de seguridad para dar

el salto comprometido a la esperanza, e instalar nuestra vida decisivamente en la oración, la adoración y el amor.

***EI SACRIFICIO: SU GOZO Y SU DOLOR***

En nuestro comentario de las palabras del Ángel de Fátima a los niños videntes en el hortecillo de la casa de los Abóbora hemos llegado a la esencia de ellas, que lo es también de todas las apariciones que allá tuvieron lugar. Es esta misteriosa y un tanto escandalosa invitación: “Ofreced constantemente plegarias y sacrificios al Altísimo”.

Este es el programa de vida que el Ángel nos propone. Se entrelazan en él tres conceptos fundamentales: la oración, el sacrificio y el ofrecimiento. De la oración hemos hablado desde el primer día. Sin perjuicio de volver sobre este tema omnipresente en la vida cristiana y de inagotables matices, hablemos hoy del sacrificio.

Sacrificio es una palabra de resonancias sangrientas y dolorosas. Concebimos el sacrificio como la destrucción, de alguna posesión de la propia persona o de algo íntimamente relacionado con ella. Y como la tendencia radical de la persona humana es precisamente la contraria, es decir, construir y lograr

la propia perfección, el sacrificio nos resulta inaceptable, y mucho más si todavía se nos exige ponerlo precisamente en los cimientos del edificio de nuestra vida.

No es exacta esta visión del sacrificio, cargada de negatividad. Hay que mantener bien firme el principio esperanzador y alegre de que el hombre está llamado a lograr la perfección integral y armónica de todas sus potencialidades de desarrollo y gozo, y que no hay nadie más interesado en ello que el mismo Dios.

Sin embargo, también hay que decir de entrada y bien claro que las resonancias sangrientas y dolorosas del término "sacrificio" son muy justas; y que no nos es lícito acallarlas o despreciarlas. No somos dueños los cristianos, ni lo es la humanidad en general, de suprimir de la geografía de nuestro planeta su punto central: el monte Calvario; ni de abatir la cruz que se yergue sobre él, ni de desclavar de ella al que en ella está crucificado, Jesucristo, el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios. Esta cruz resume el primero y más propio significado del término "sacrificio". Y evidentemente, la cruz de Cristo tiene

muy justas y merecidas resonancias sangrientas y dolorosas.

Y los niños de Fátima supieron escucharlas y aceptarlas, y aprendieron enseguida a imitar a Cristo sufriente, por medio de privaciones y mortificaciones gratuitas, a veces bien dolorosas. En espíritu de amor se abrazaron con el dolor y supieron ofrecérselo a Dios en sacrificio. Para entender la desconcertante recomendación; que les hacía el Ángel, escogieron el camino más rápido y eficaz: aceptarla con sencillez y entregarse a la búsqueda entusiasta de sacrificios que ofrecer a Dios.

Lo indicado es callarnos e imitarles. Pero ya que no somos capaces de hacerlo, tratemos al menos de entender el dolor y el sacrificio en el grado suficiente como para dudar, siquiera, de la justicia de nuestra rebelión ante ellos.

El problema clamoroso de la vida es el dolor. El dolor es una presencia dramática e irremediable, que nos pone inexorablemente en el trance de elegir entre la aceptación o la rebelión. Importa mucho acertar en la elección. Pero sea cual sea nuestra opción, el dolor seguirá presente en sus miles de formas y grados. Si lo aceptamos, no por eso lo evitaremos. Si lo

recházanos y nos rebelamos contra él, se vengará de nosotros redoblando su presencia, y además endureceremos nuestra alma incapacitándola para amar.

La astucia humana ha encontrado, sin embargo, un modo sutil de escaparse del dolor: ignorarlo, no reconocerlo como dolor; en términos psicoanalíticos, relegarlo al subconsciente. Y así, tras cada fracaso de nuestra pretensión de perpetuo bienestar, y de nuestra ilusión de poseer un espíritu noble y dotado de todas las cualidades, rehacemos enseguida la desmentida imagen de nuestra bella personalidad y del paraíso terrenal en que pretendemos instalarnos, ilusionándonos con un futuro para nuestra vida carente de dolor. Así que nos volvemos de espaldas a la realidad de nuestra imagen, debilitada, afeada y frustrada. Esta es nuestra ilusión, pero, en realidad, no hacemos otra cosa que añadir al dolor de un cuerpo sufriente y de un alma deforme, el nuevo y más dilacerante dolor del conflicto sordo que entablamos con nosotros mismos, conflicto que nos sume en un soterrado y perpetuo desequilibrio e inquietud.

Sacrificio es, en primer término, saber aceptar el dolor, asumirlo de frente en sus mil formas y grados, y salir así del campo de fuerzas del egoísmo soberbio y autocomplaciente, inhibidor de nuestras capacidades de desarrollo y desintegrador de nuestra personalidad. Y entrar después en el campo de fuerzas del amor, liberador e integrador.

***EL SACRIFICIO COMO REPARACIÓN DEL  
AMOR DE DIOS OFENDIDO***

Sí que es verdad que sacrificio es, en primer término, saber aceptar el dolor y la frustración. Pero no es éste, sin embargo, el fondo del sacrificio. Detenerse en la aceptación del dolor y la frustración puede resultar un modo sutil de laicizar el pecado. Puede entonces tomarse el sacrificio como un mero recurso psíquico o psiquiátrico para sanear la personalidad y lograr un máximo de bienestar interior y de rendimiento exterior. Y claro está que pretender esto es algo recomendable. Pero pararse en ello es disponerse a colocar el fin último de nuestra vida en el bienestar interior y la eficiencia exterior, y reajustar consecuentemente el concepto de pecado, que ya no sería primaria y esencialmente una ofensa a Dios con repercusiones en nuestro bienestar y eficiencia, sino que se limitaría a ser una destrucción o menoscabo de ese bienestar y eficiencia. Lo cual sería una laicización del pecado.

E importa colocar el pecado en su justo lugar, si queremos obtener un concepto cabal del sacrificio; porque éste, en su aspecto más profundo, es reparación y satisfacción por el pecado. Pero veámoslo más despacio.

Se dice que pecar es ofender a Dios. Esta definición es correcta; pero puede sugerir la imagen de un Dios celoso de su dignidad personal, cuya primera pretensión con respecto a los hombres fuera la de que nos inclináramos ante Él en homenaje de adoración, para satisfacer su amor propio. Un Dios así se sentiría ofendido en su dignidad ante cualquier desacato de los hombres, y exigiría de ellos una reparación, que consistiría en humillarles y hacerles sufrir para gozarse Él en ello, y compensar así la lesión de su honor. Esa humillación y ese sufrimiento de los ofensores cumplirían entonces la noción de sacrificio.

Es verdad que pecar es ofender a Dios; pero a un Dios cuya primera pretensión para con los hombres no es la de exigirles satisfacciones personales, sino la de entregarse a ellos en un acto perfecto de amor perfectamente logrado, como ya hemos comentado en

ocasión anterior. Por eso la ofensa a Dios consiste en que el hombre cierra su corazón para aceptar y responder al don del amor de Dios. Y esto lo realiza siempre que se niega libremente a cumplir alguno de sus mandamientos. Los mandamientos no son órdenes caprichosas de un Dios puntilloso que quiere cercenar nuestra libertad por el mero gusto de vernos sometidos a Él. Los mandamientos no hacen más que aclarar las condiciones mínimas que requiere nuestra naturaleza humana para encontrarnos abiertos al amor de Dios, y poder así gozar de El y ser felices. Y conculcar los mandamientos es ofensa de Dios, porque le deja frustrado y dolorido en su más íntimo ser y pretender: en el amor. Y es obvio que este dolor y frustración de Dios, si alguien entiende mínimamente de amor, requiere una reparación.

La reparación ha de suponer necesariamente una renuncia y un ofrecimiento. Hay que renunciar a las satisfacciones egoístas que nos han cerrado al amor de Dios, y además hay que destruir el acto de soberbia por el que hemos preferido entregarnos a nosotros mismos antes que a Dios. Este acto de soberbia se destruye con la humildad de un acto contrario, un acto de expresión subrayada y formal de

desprecio propio y aprecio de Dios. Los niños de Fátima nos enseñan mejor que nadie a realizar estos actos: aceptación callada e indefensa del dolor, de la obligación y de la humillación, yendo incluso gratuitamente a la búsqueda de dolores y humillaciones, deseando con ello compensar, satisfacer y reparar a Dios, y presentando y ofreciendo a Dios su deseo, su renuncia y su dolor, con reverencia y amor.

Este es el sentido profundo del concepto de sacrificio. Es algo más que aceptar el dolor y la frustración como mera terapia de desequilibrios y conflictos psíquicos. Es ante todo reparar y satisfacer al amor de Dios frustrado y dolorido. Ahora la mirada está fija, antes que en nosotros mismos, en Dios, que además por añadidura, nos cura.

## XIV

### ***EL OFICIO DE "PECADORES".***

Hemos llegado al fondo del concepto de sacrificio: su aspecto de reparación y satisfacción de la frustración y el dolor causados en el Corazón de Dios por el pecado. Pero hay que notar que hemos contemplado preferentemente el pecado propio. Y claro está que es esto legítimo y obligado. Sin embargo, es llamativa la insistencia con que en las apariciones de Fátima se alude a "los pecadores" y se recomienda ofrecer a Dios reparación por sus pecados. Son pecados ajenos, no propios. Y es un oficio, el de "pecadores", que se supone es practicado por muchas personas. El que tiene un oficio orienta su vida, de una manera consciente, metódica y constante, a su desempeño. El "pecador" de oficio vive consciente, metódica y constantemente entregado al pecado, que practica con la sencillez y rutina con que se practica cualquier oficio.

Pero, Ángel de Fátima, ¿quién en el mundo entero tiene la conciencia de practicar como oficio el pecado? ¿No estarás fuera de la realidad sociológica y psicológica? ¿Cuántas personas a quienes, en una

encuesta callejera, se preguntara por sus dedicaciones habituales, responderían que entre ellas está la de practicar el pecado?

Hay que reconocer que el Ángel de Fátima o está fuera de la realidad o tiene un vocabulario distinto del nuestro.

La solución al dilema es la segunda. Es cuestión de diccionarios. Nuestro diccionario es de conocimientos y el del Ángel es de reconocimientos. Nuestro diccionario está ordenado al buen funcionamiento de nuestra vida sobre la tierra. Y para ello importa conocer las cosas del mundo y de nuestro propio ser tal cual aparecen a los ojos de los hombres. Pero el diccionario del Ángel está orientado a la vida que viene después de la de esta tierra; que no es una vida de buen funcionamiento, sino una vida de instalación definitiva y total en el bien o en el mal. Y para esto importan no los modos de sacar provecho de los recursos de esta tierra, que son investigados por el conocimiento, sino las últimas y radicales opciones de la libertad ante el trascendental y decisivo problema del bien y del mal; y esas opciones, en su pura desnudez y verdad, son accesibles sólo al reconocimiento.

Y con el diccionario del Ángel en la mano, con el diccionario de los “reconocimientos”, entendemos que pecador es aquel que, si hubiera de reconocer la verdad profunda de su actitud fundamental y habitual en la vida, habría de confesarla metódica y conscientemente orientada a la satisfacción de su propio amor e interés, a la búsqueda de la propia excelencia y placer, antes que a la satisfacción del amor e interés de Dios, y a la búsqueda de su gloria y complacencia. De tal forma que esta actitud fundamental y orientación metódica hace que su vida diaria sea un tejido de intenciones y realizaciones ordenadas a la satisfacción del amor a la propia excelencia y placer, es decir, un tejido de pecados, cometidos con el método, conciencia y habituación de quien tiene un oficio.

Este es el oficio de “pecador”, tan antiguo como la humanidad. ¿Y quién puede afirmar que no lo practica en ningún grado?

Porque hay que reconocer que se dan diversos grados en la práctica de este oficio. En un sentido amplio es practicado por todos. Por eso, todos incluimos el término “pecadores” cuando, en el Ave María pedimos a la Virgen que ruegue por

nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Y por eso también dice San Juan en su carta primera que “si decimos ‘no tenemos pecado’, nos engañamos y la verdad no está en nosotros”. Pero en otro sentido, que podemos llamar estricto, hay que admitir que hay en el mundo personas de vida fundamentalmente pura y bien intencionada, que están muy lejos de estar decididamente entregados de forma habitual y metódica al logro de su propia excelencia, interés y placer por encima de todo otro respeto. Estas personas, de una forma y otra, han rezado de rodillas y con la frente pegada al suelo la oración del Ángel de Fátima: “Dios mío, creo, adoro, espero y te amo”. Y esa es su actitud y respeto fundamental en la vida.

Pero padecen también la perpetua solicitud a la soberbia, inherente al hecho mismo de ser libres y al de no haber sentido todavía el atractivo irresistible de la infinita paternidad y bondad de Dios, a quien conocen todavía muy confusamente. Y así, esta solicitud a la soberbia, latente siempre en el subconsciente, junto a la solicitud a sestejar al calor de la atracción de este mundo, les provocan deseos, opciones y acciones, que traicionan su propia sincera actitud fundamental de adoración, aunque

normalmente no son plenamente deliberadas. Son pecados, normalmente sólo veniales, que, por su triste abundancia, les constituye también en pecadores, aunque en grado sustancialmente distinto del de quienes siempre han rechazado el postrarse para adorar a Dios.

Estos últimos, los que rechazan de su vida la adoración a Dios, son los pecadores a quienes se refiere el Ángel de Fátima cuando les dice a los niños videntes: “El sacrificio que ofrezcáis ofrecedlo con toda vuestra voluntad, como acto de reparación por los pecados con que El es ofendido, y de suplica por la conversión de los pecadores”.

**LA CLAVE DE LA EFICACIA DEL  
SACRIFICIO POR EL PRÓJIMO.**

El Ángel de Fátima les dijo a los niños videntes en el hortecillo de los Abóbora: "El sacrificio que ofrezcáis ofrecedlo con toda vuestra voluntad, como acto de reparación por los pecados con que El es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores", abriendo así la noción de sacrificio al ámbito inmenso de los pecados ajenos. ¿Pero en qué consiste este sacrificio y cuál es su fuerza reparadora y su eficacia salvadora?

La clave de esta fuerza reparadora y de esta eficacia salvadora es evidentemente la unidad espiritual del género humano. Si para el bien y para el mal existen influencias mutuas entre los hombres es porque éstos forman una unidad moral, con un solo cuerpo espiritual, de tal modo que todas las personas somos de alguna manera miembro y parte de todas las demás.

Y esto está inherente en la naturaleza misma del ser espiritual El "yo" que cada uno de nosotros nos

encontramos ser cuando entramos en nuestra propia intimidad, lo percibimos dotado de un ser, al que nos unen lazos de amor indestructible. Queremos ser, y lo queremos con una voluntad inquebrantable y absolutamente enérgica. Pero ese nuestro ser es un ser abierto y no cerrado. Gracias a su luminosidad interna, está abierto al Ser por excelencia, el Ser de Dios, que lo fundamenta y lo crea. Y tanto a través de Dios, como directamente, está abierto también al ser de los demás espíritus creados, abiertos como él a Dios, y confluyentes por lo tanto en Dios; y participantes, como él, como el “yo” propio, de un ser absolutamente amable para cada uno de ellos.

Así ocurre que el mismo amor al propio ser se convierte en un radical amor a Dios y a los demás hombres, amor que es incomparablemente más difícil reprimir que liberar. Y este amor, enraizado y hasta identificado con nuestro propio ser, constituye el lazo de unión que traba en un solo cuerpo moral a todos los hombres, tanto los que coexistimos sobre la tierra en nuestro momento histórico, como los que ya han vivido y vivirán en el futuro. No nos es indiferente el ser de los demás, porque sus vicisitudes lo son también nuestras.

Por todo esto, cualquier actitud profunda de nuestro espíritu influye de misteriosa pero real manera en el espíritu de todos los demás. Y esta es la fundamental condición de posibilidad para que nuestros sacrificios sean eficaces para la salvación ajena.

Pero es que además, en el caso del sacrificio, la eficacia salvadora, la como fuerza expansiva que tiene cualquier actitud moral nuestra queda potenciada en un grado máximo. Y es porque quien se sacrifica se instala en el máximo grado de pureza de que es capaz. Y la pureza es la actitud moral que más abre el alma a Dios y al prójimo. Cualquier otra de las actuaciones éticamente positivas, como puede ser la generosidad, la piedad o incluso el afecto de amor al prójimo, dentro de su innegable positividad, está fácilmente acompañada de un sentimiento gustoso que, con ser claramente bueno, atrae al alma hacia sí, y la invita a descansar y como asentarse en él. Y una vez que se asienta el alma en algo que es una gustosa posesión propia, queda su pureza empañada por un rastro de egoísmo e inicia el alma el gesto de cerrarse en sí misma, con lo cual pierde fuerza la comunión con Dios y con el prójimo.

El sacrificio, sin embargo, presenta un rostro amargo en el cual no puede descansar ningún tipo de gusto egoísta. Y así, el alma que se sacrifica está toda ella embargada de un afecto de puro amor que le lleva hacia fuera de sí misma, de tal modo que ese afecto logra para el alma la máxima apertura hacia Dios y hacia el prójimo. Dios, que está siempre dispuesto a entrarse por las puertas abiertas, como entra el mar en las ostras a nada que ellas abran un resquicio entre sus valvas, encuentra al alma que se sacrifica abierta de par en par, y viene a ella, y hace en ella su morada. Y entrándose Dios en el alma entra en ella el verdadero Amor a los hombres, pues Dios mismo es ese verdadero Amor. Y así el afecto religioso que ha llevado al alma a sacrificarse por el prójimo, adquiere una eficacia suma. Y la adquiere incluso sin necesidad de que ese sacrificio repercuta materialmente en las condiciones de vida del prójimo, como es el caso de una ayuda material, con ser esta sumamente noble y recomendable. El sacrificio por el prójimo, realizado en el más íntimo de los secretos, tiene una eficacia máxima de repercusión eterna.

***EL SACRIFICIO COMO REPARACIÓN DEL  
HONOR DE DIOS.***

El sacrificio, pues, beneficia y restaura la integridad espiritual del prójimo que ha pecado contra el amor de Dios: a no ser, sin embargo, que quiera endurecerse en su rechazo de Dios; porque entonces rebotan en él nuestras buenas influencias. Con todo, lo que infaliblemente consigue nuestro sacrificio, realizado en el espíritu de amor a Dios y al prójimo, es reparar y satisfacer el amor de Dios frustrado y herido en su pretensión de darse al hombre.

Sin embargo, y aunque es verdad que Dios no busca nuestros sacrificios para por medio de nuestra humillación, compensar un hipersensible sentimiento suyo de dignidad personal, que es exceso que no le aqueja, tampoco se puede pensar que la actitud de Dios sea como la de un anciano impotente que desea, sí, recibir muestras de afecto de sus nietos, pero que no tiene más remedio que quedarse callado rumiando su herida si es que queda frustrado en su deseo. Dios ni es un orgulloso noble feudal, ni es un abuelo

carente de energía y aquejado por la necesidad de afecto y atención. Ni tampoco es un término medio entre los dos. Dios sencillamente es Dios. Y es verdad que su íntimo ser es Amor, y un Amor capaz de todas las ternuras y de todas las humillaciones por los hombres, sus criaturas. Pero también es verdad que es infinita majestad e infinita justicia. El ser de Dios no es liviano e insignificante, como puede serlo una capa que en cualquier momento nos quitamos de los hombros y la olvidamos en un rincón. El ser de Dios gravita con peso infinito sobre el nuestro de una manera inexorable. Y este peso, si cae sobre un alma que le rechaza, se convierte para ella en una mole tan pesada y triturante que, ante su inminencia, al alma prefiere con mucho que caigan sobre ella los montes y la sepulten.

Por eso, así como Dios no necesita adoptar especiales actitudes o revestirse de especiales sentimientos para ser amante y misericordioso, sino que el amor y la misericordia son su íntimo ser, que siempre le acompaña, así tampoco tiene necesidad de acordarse de su majestad, su justicia o su ira cuando se ofrece la ocasión de los pecados de los hombres, sino que su majestad, su justicia y su ira son el infinito

peso de solidez y verdad de su ser, absoluta y eternamente presente a todo hombre, tanto si le acepta como si le rechaza, pero que ofrece a éste su aspecto exactamente temible si es que le rechaza. Sigue siendo verdad que de Dios nadie se ríe.

Por todo esto, el pecado, el desprecio del Corazón de Dios que se abre a los hombres con la plenitud de su infinita sinceridad, además de frustrarle a Dios en su deseo de darse al hombre, es un atentado clamoroso contra su majestad, su honor y su justicia. Exactamente clama al cielo. Y exige por parte tanto del que peca como de cualquiera de sus hermanos, que lo son todos los hombres, no sólo el dolor sacrificado y reparador de haber ofendido al Amor, sino también el deseo sincero y eficaz de repararle en su majestad, en su honor y en su justicia. Y este deseo ha de expresarse de forma proporcionada al infinito peso de majestad y verdad de Dios. Es decir, ha de expresarse con la mayor dosis de sinceridad, de totalidad y de pureza de que somos capaces los seres humanos. Y esa dosis se da precisamente, de nuevo, en el sacrificio. Que, a pesar de toda nuestra buena voluntad, si se queda en los

límites puramente humanos, nunca será proporcionado a la ofensa.

Cuando los niños de Fátima escucharon del Ángel la recomendación a sacrificarse por los pecadores, adoptaron inmediatamente una actitud de plena sinceridad en su deseo de atender el aviso celestial. Y se lanzaron a la búsqueda de privaciones y mortificaciones corporales: renunciaron al almuerzo, piedrecitas en los pies, sogas ásperas en la cintura, etc. Todo ello en silencio y disimulo. Y así, a pesar de su pequeñez, nos dieron un emocionante ejemplo de cómo hay que ayudar al prójimo pecador, cómo hay que consolar a Dios y cómo hay que reparar su honor y majestad lesionados.

***LA DESACRALIZACIÓN DEL SACRIFICIO.***

Vamos a insistir en la dimensión estrictamente religiosa del concepto de sacrificio, tal cual lo presenta y recomienda el Ángel de Fátima.

Cunde actualmente del sacrificio una noción que podemos llamar profana. Según ella el valor del sacrificio se salva perfectamente desvinculándolo de su dimensión religiosa. Se supone que el sacrificio, como cualquier otra actitud humana éticamente valiosa, tiene su principal y sustancial valor en sí mismo, en su mero carácter de actualización de la estructura ética del hombre, independientemente de la religión a la que cada uno está adherido, si es que lo está a alguna. Esta adhesión, si existe, no hace más que añadir un rasgo de fisonomía personal al núcleo sustancial del valor ético del sacrificio, que se sostiene en sí mismo y se explica por sí mismo. La religión no es así más que un rasgo de identidad personal, como lo puede ser la modalidad sentimental que necesariamente acompaña a cualquier actuación

humana, y que varía según la edad, el temperamento o el sexo.

Así pues, esta mentalidad profana del sacrificio se apoya en una doble base: una consideración del valor intrínseco del sacrificio como actitud humana apoyada en sí misma y valorada desde el hombre y con relación al hombre, y una reducción de la religión a la categoría de mero subjetivismo sentimental. Contemplados estos dos fundamentos por separado, al primero no se le puede descalificar sin más distinción. La filosofía estudia con cuidado los diversos momentos de la esencia humana, y entre ellos el momento de la eticidad, y sus estudios son muy dignos de respeto. Pero el segundo de los dos fundamentos, el de la subjetivización de la religión, es un error modernista que late ampliamente en el triunfante laicismo de nuestra sociedad occidental. Dios, según el modernismo, queda reducido a ser una creación intrascendente del subconsciente de cada uno; y puede adoptar diversas configuraciones, todas ellas igualmente aceptables, porque todas son igualmente subjetivas, relativas e inmanentes al hombre. Y resulta así indiferente e igualmente aceptable el abrazarse con la imagen del Dios panteísta, que es

una vaga personificación de la naturaleza y que por lo tanto nos proporciona a cada hombre una chispa, aunque pequeña, inapreciable de verdadera y sustancial divinidad, o con el Dios deísta, que es el Supremo Arquitecto que ha construido el mundo y lo ha puesto en marcha, para dejarlo después a la democrática disposición y ordenamiento de los hombres, a quienes ha dotado de una indefectible buena voluntad; o abrazarse con la imagen del Dios transigente que no tiene más misión que la de acoger en su seno a todas las personas inmediatamente después de la muerte, sin tener para nada en cuenta su estado de amistad o enemistad con El; o incluso con la imagen del Dios inexistente de los ateos. Todas estas configuraciones de la idea de Dios pertenecerían, para la mentalidad modernista, exclusivamente a la subjetividad subconsciente de las personas, y no tendrían otra misión que la de satisfacer su sentimiento religioso, que es una vivencia que empieza y acaba en la interioridad de cada uno. Incluso la imagen del Dios trascendente, Creador y Rector del universo, al que ha impuesto su ley en lo físico y en lo moral, resulta convertida de trascendente en inmanente y de objetiva en subjetiva, al interpretarla como la proyección mítica de la figura

sociológica del patriarca. No existe tal Dios trascendente, nos explican. Lo que existe es una imagen colectiva de la figura del patriarca, que ha servido durante siglos para condicionar, bien que mal, amplios sectores de nuestra sociedad occidental, y se ha convertido así en una especie de soporte necesario para nuestra personalidad. Esa imagen del patriarca ha sido posteriormente proyectada hacia el plano absoluto e inmutable de lo religioso, y ha surgido en las mentes la idea de Dios.

Por todo esto, si para fundamentar el valor ético del sacrificio unimos la eticidad inmanente que descubren ciertos análisis filosóficos, con el Dios modernista, subjetivo, sentimental y, en el fondo, inexistente, resulta que el sacrificio, como cualquier otra actitud humana, adquiere su valor ético únicamente del primer fundamento, porque el segundo es, en el mejor de los casos, despreciable. Y así quedan las acciones morales despojadas de su dimensión y trascendencia religiosa. Sin embargo, no es ésta la mentalidad del Ángel de Fátima, cuando exhorta a los niños videntes a sacrificarse por los pecadores.

## XVIII

### ***VALOR TRASCENDENTE DEL SACRIFICIO.***

Para el Ángel de Fátima si rechazáramos el Dios de realidad absoluta para sustituirlo por el Dios modernista, subjetivo, relativo y sentimental, queda destruida la dimensión trascendente del sacrificio y anulado por tanto su valor, por más que exaltemos su dimensión intrínseca, su eticidad inmanente.

Es verdad que siempre nos quedaremos cortos en analizar en sí misma la esencia del hombre y en subrayar la propiedad con que sus actitudes éticas le pertenecen. La realidad humana, como tal realidad, habita consigo misma, se pertenece a sí misma; de tal forma que sus acciones vitales comienzan en el individuo humano y acaban en él mismo. Y sus acciones éticas poseen esta inmanencia con más propiedad si cabe. Pero si contemplamos atentamente el mensaje del Ángel de Fátima, veremos que en él no se trasluce la más mínima llamada de atención hacia este valor inmanente de nuestras respuestas morales. No es que el Ángel rechace o niegue ese valor. El respeto sumo y el significado profundo que otorga a

las tres insignificancias humanas que tiene delante, patentizan su sabiduría del hombre y de su valor intrínseco. Pero el Ángel se presenta ante todo como lo que es, como un ángel, un mensajero de Dios. Por eso su presencia, imponente y sublime, es una manifestación, ante todo, de la realidad absoluta e inexorable de Dios. Sólo con mostrarse, antes de comenzar a hablar, ya nos está diciendo que Dios "es", que Dios, lo sepamos o no, lo admitamos o no, lo interpretemos de una u otra forma, es una realidad absoluta que ahí está, y que no está dispuesto a acomodar su ser a nuestros caprichos interpretativos, porque esta acomodación es absurda tratándose de cualquier realidad, y mucho más de la realidad absoluta.

Y si sola la presencia del Ángel es ya manifestación de Dios, las palabras que pronuncie no pueden sino empezar y acabar en Dios. El supuesto de todo su mensaje es que todo es de Dios y todo debe empezar y acabar en El. Así que el sacrificio, que es el tema de nuestro estudio actual, es algo que, de entrada, debe ser ofrecido a Dios. Y a la pregunta de Lucía sobre cómo deben sacrificarse, que es pregunta que esperaríamos del Ángel un análisis del sacrificio en sí

y del modo de realizarlo, responde sin embargo apuntando ya directamente y desde el principio a su Destinatario: “El sacrificio que ofrezcáis ofrecedlo con toda vuestra voluntad, como acto de reparación por los pecados con que El es ofendido, y de súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así la paz sobre vuestra Patria. Yo soy el Ángel de su guarda, el Ángel de Portugal. Sobre todo aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os enviará”.

No se detiene en explicar qué es el sacrificio y cómo hay que ofrecerlo, sino que centra directamente la atención de los niños en el término y Destinatario principal de sus sacrificios: en Dios. Y así no hay en su mensaje una sola palabra en la que manifiesta o latentemente no está afirmada la tesis básica que sustenta la religión, la vida y el universo entero: Dios es Dios. Y por lo tanto Dios es el principio, fin y presencia decisiva de todas las cosas. Urgentemente, tras la mención del sacrificio, expresa el Ángel la necesidad de ofrecerlo a Dios, y ofrecerlo con toda la voluntad. La totalidad en la voluntad es en el hombre la respuesta exacta al carácter absoluto de Dios. Solo a un Dios absoluto se le puede ofrecer toda la voluntad humana. Ningún otro ente merece esa

totalidad. Dios sin embargo no solo la merece, sino que la exige y reclama como perfecta e incondicional pertenencia suya. Los pecados que hay que reparar con el sacrificio son, antes que perjuicio y destrucción para el pecador, ofensa de Dios. También son causa de mal para el hombre, y el Ángel lo sabe y lo admite; pero lo urgente de su mensaje está en Dios, que es el Ser absoluto, y que percibe en la infinitud insondable de su Corazón la verdadera dimensión; de la malicia del pecado. Dios es también quien envía el sufrimiento, que por eso debe ser aceptado por el hombre.

No es el plan de Dios que sus ángeles se nos hagan visibles todos los días y en todos nuestros problemas. La manifestación angélica a los niños videntes de Fátima es algo sumamente excepcional. Por eso el Ángel manifiesta solamente lo urgente. Y lo urgente en este nuestro siglo XX volcado hacia el hombre, es manifestar con energía y claridad totales el Ser absoluto de Dios, y asentar firmemente la tesis eterna fundamento de todo: Dios es Dios.

***REALISMO DEL MUNDO ANGÉLICO.***

Es hora ya de que en estos nuestros comentarios sobre las apariciones angélicas a los niños videntes de Fátima hagamos una pausa para enfrentarnos con el problema que está en la base del hecho histórico de las apariciones; el problema de los ángeles mismos. ¿Existen? ¿Quiénes son? ¿Tienen nombre y personalidad concreta o son difuminadas e imprecisas entidades míticas que ciertas culturas primitivas han imaginado infantilmente como remedio de evasión para la soledad y la indefensión? El escenario cristiano del mundo sobrenatural, repartido en tres espacios, cielo, infierno y purgatorio, y ocupado por actores de diverso género, entre los cuales destacan los ángeles y los demonios, todos los cuales desarrollan un drama al que no se le puede negar interés y hasta belleza ¿no será todo él fruto de la inspiración artística de un pueblo y de unos siglos especialmente dotados de imaginación creadora? ¿No es algo de esto lo que, con más o menos precisión y decisión, piensan muchos cristianos contemporáneos, que contemplan a esos invisibles personajes con la

suficiencia de una pretendida madurez científica que sabe valorar los datos comprobables y despreciar las fantasías? ¿No miramos ya a los ángeles como colocados en el mundo de irrealidad en que ponemos y sentimos a los personajes y las escenas del cine, la novela o el teatro?

De ser sinceros hemos de confesar que sí, que en mayor o menor grado contemplamos a los ángeles y a los demonios, y quizás incluso al entero mundo religioso, con ojos de irrealidad. Seguimos con ello cierta moda religiosa, en vigor desde la época del modernismo y actualizada por su descendiente y heredero el progresismo. Para él lo sagrado es propiamente el hombre, y lo religioso habita exclusivamente en ciertos sectores íntimos y apenas conscientes de la subjetividad sentimental de cada uno, especialmente transidos por la sacralidad propia del hombre, pero esencialmente afectados por la relatividad e intrascendencia de lo puramente sentimental. Si es así, si para nosotros lo religioso es exclusivamente sentimental, subjetivo y relativo, si para nosotros lo religioso no es más que un espectáculo fantástico más o menos dramático y artístico, hemos de confesarnos valientemente que

hemos perdido la fe. Porque la fe no es de subjetividades sentimentales, sino de realidades; y relegando la fe al mundo del subjetivismo sentimental relativo e intrascendente, se la saca pura y simplemente del mundo de la realidad objetiva absoluta y universalmente válida. Con lo cual la fe queda destruida.

Los objetos de la fe son realidades concretas y precisas, perfectamente independientes de nuestros procesos mentales y sentimentales, porque son anteriores a ellos. Y por eso, los ángeles y los demonios ni son entidades elásticas que amplían o modifican su ser y sus capacidades todo lo que la imaginación de una religiosidad infantil necesite para explicarse el bien y el mal y evadirse del agobio de una vida signada por la pobreza y la estrechez, ni son puras ficciones literarias para explicar poéticamente las vicisitudes de edificación y destrucción que experimente la vida individual y social. Son sencillamente realidades creadas por Dios, dotadas, como toda realidad, de un ser, existir, esencia y naturaleza concretos y definidos, que son la base de sus posibilidades, imposibilidades y actuaciones.

Tienen el inconveniente de que caen fuera de la experiencia ordinaria de la inmensa mayoría de las personas. Por eso, las fuentes para conocerlos deben ser o bien la experiencia extraordinaria de quienes, con garantía de credibilidad, dicen haberlos visto y tratado, o bien sobre todo la revelación de Dios, es decir, el testimonio bíblico y el del magisterio eclesiástico.

Sirvan estas ideas generales como introducción al tema de la existencia y naturaleza de los ángeles y los demonios, que desarrollaremos a continuación apoyándonos en algunos textos escogidos del Nuevo Testamento.

## ***EL TESTIMONIO DE JESÚS SOBRE LOS ANGELES.***

El tema general de la existencia y naturaleza de los ángeles pertenece de lleno al orden de la realidad, y no al de los mitos, en el que actualmente se tiende a encerrarlos y desvanecerlos. Pero hay que notar también la dificultad de conocerlos por caer fuera de la experiencia ordinaria. Así que hemos de echar mano de la fuente garante y hasta infalible que Dios ha puesto a nuestra disposición para conocer el invisible mundo religioso y poder vivenciarlo realístamente por medio de la virtud de la fe. Esta fuente es la Revelación divina con sus dos cauces prácticos: la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia.

La Sagrada Escritura habla abundantemente de los ángeles y los demonios. Los textos son de claridad variable y muchos de ellos exigen la interpretación de los doctos. No obstante, se decanta muy clara una noción general sobre qué son los ángeles, tanto los buenos como los malos. Son seres inteligentes. Carecen de un cuerpo que les someta como a nosotros

a las leyes intramundanas. Pero actúan, como nosotros, a partir de su propia libre voluntad. Y su actuación supone una naturaleza dotada de cualidades superiores a las humanas, aunque también limitadas. Tal cual se les describe, actúan siempre con intención y operatividad religiosa. Así, los ángeles buenos alaban a Dios, están siempre a su servicio, militan por su gloria y ayudan a los hombres en su camino hacia la salvación. Y contrariamente los malos odian a Dios y tratan constantemente de hacerle daño en los hombres, a quienes intentan apartar del camino de la salvación, y dañarles también de otras muchas formas.

Ahora bien, este concepto del mundo angélico y demoníaco es asumido plenamente por Jesucristo, a juzgar por el testimonio que de su enseñanza y de su actuación nos dan los Evangelios. Veamos un ejemplo.

Comparó Jesús en cierta ocasión el Reino de los Cielos a un hombre que sembró buena semilla en su campo, pero era odiado por un enemigo suyo, que de noche sembró cizaña junto a la buena semilla. Los siervos del amo bueno la descubren cuando la siembra comienza a despuntar. Conciben entonces la intención de arrancarla, pero son impedidos por el amo, que

teme que con la cizaña se arranque también el trigo. Les hace pues esperar hasta el momento de la siega, diciendo que entonces ordenará a sus segadores que recojan primero la cizaña y la aten en gavillas para quemarla, y reúnan después el trigo en su granero.

Hasta aquí la narración de San Mateo en su capítulo 13 tiene claramente el corte de una mera comparación imaginada por el genio literario de Jesús. Ninguno de sus oyentes, ni los Apóstoles, ni quienquiera que desde entonces acá ha leído y lea este pasaje evangélico ha entendido nunca que lo que Jesús quiso enseñarnos es que el Reino de los Cielos es un campo de tierra real, en el cual se siembra trigo real y cizaña real. Sino que con esa comparación de escenario y actores ficticios aludía a otro escenario y a otros actores ya reales, que una sencilla reflexión de sus oyentes contemporáneos o lectores actuales puede identificar.

Pero Jesús mismo ha querido evitarnos el trabajo de reflexionar y nos da la clave de su parábola. Nos lo narra el mismo San Mateo unos versículos más adelante con la sencillez inconfundible de quien no pretende ni hace otra cosa que relatar lo que sabe de cierto. Merece la pena copiar el texto:

“Entonces despidió a la multitud y se fue a su casa. Y se le acercaron sus discípulos diciendo: Explicanos la parábola de la cizaña del campo. El respondió: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno; el enemigo que la sembró es el Diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles”.

La explicación es de una sencillez y de una claridad meridiana. Cada parte del escenario y cada personaje de la parábola tiene su referencia exacta, ya plenamente real. No es posible ya interpretar estas referencias como nuevas ficciones referidas a su vez a otras realidades. El enemigo es el Diablo y los segadores son los ángeles, Jesucristo, pues, considera personajes plenamente reales al Diablo y a los ángeles. Y son personajes inconfundibles con los hombres malos y buenos respectivamente, porque éstos tienen también en la parábola su escenificación perfectamente distinta de la del Diablo y los ángeles: la cizaña y la buena semilla respectivamente.

Los ángeles y el Diablo desempeñan en esta enseñanza de Jesucristo un papel del todo coherente con el que les atribuye la mentalidad de quienes le

están escuchando. Jesucristo, pues, acepta y asume esta mentalidad, esta angelología, y da de ella un testimonio inconfundible y además grandioso: los ángeles y el Diablo abarcan con su presencia la historia entera de la salvación, desde el momento de la siembra de la Palabra por el Hijo del hombre hasta el fin del mundo y el juicio definitivo; y actúan además eficientemente y como seres personales, movidos por el amor y el odio a Dios respectivamente. Sería absurdo pensar que Jesucristo, que se nos presenta como el Maestro definitivo y absolutamente veraz, quiso en este momento dar a sus palabras, perfectamente diáfanas, un sentido exclusivamente alegórico, y que su verdadero pensamiento era que los ángeles y el Diablo no son más que una personificación literaria del bien y del mal abstractos. Si fuera así Jesucristo perdería, con razón, todo su crédito, y resultaría ser un embustero que se burla de los hombres.

Estamos pues ante un testimonio irrefutable y absolutamente verídico de la existencia y de la naturaleza de los ángeles, tanto los buenos como los malos.

***MISIÓN DE LOS ANGELES EN EL  
GOBIERNO DEL MUNDO.***

Así pues Jesucristo hace suya la doctrina común del judaísmo de su tiempo sobre los ángeles y los demonios, garantizando así su realismo. La Iglesia Católica desde muy temprano, desde el Concilio de Nicea en el año 325 ha reconocido expresamente, y con definición dogmática infalible, la existencia de los espíritus invisibles, incluyéndola en la recitación del Credo en la Misa a partir del siglo VI. Y en varias ocasiones, a lo largo de sus veinte siglos de existencia, a vuelto a definir solemnemente este dogma de la existencia de los ángeles: el año 1215 en el Concilio cuarto de Letrán, el año 1870 en el primer Concilio Vaticano, y el año 1968 el 30 de Junio por boca de Pablo VI, cuando este Papa proclamó el Credo del Pueblo de Dios, que fue la última de las definiciones dogmáticas habidas hasta ahora. No estamos pues en el error, sino en el centro de la verdad, cuando abrazamos de corazón y con mente plenamente realista, la doctrina sobre la existencia de los ángeles.

Así pues, en lugar de ajustar la doctrina angélica a los moldes pretendidamente científicos de nuestra mentalidad moderna, tan suficiente ella, y relegar a los ángeles, incapaces de introducirse en nuestra experiencia sensible, a la categoría de mitos, lo que hemos de hacer es ajustar nuestra mentalidad a la verdad angélica, y deponer un poco nuestra suficiencia intelectual, para entrar humildemente en la contemplación religiosa; que consiste en abrirse incondicionalmente a la luz de la fe y dejarse iluminar, empapar, modelar y transformar por ella.

Y desde este nuevo y superior ámbito descubrimos, a través del dogma angélico, a un Dios que va enterneciendo su fisonomía y apartándola de esa otra, que nosotros le hemos encajado, de rasgos inflexibles, duros y dominadores. Resulta que Dios, puesto en trance de realizar su obra de creación, lo primero que hace es comprometer del todo su personalidad produciendo seres espirituales, perfectísimos y libres. Podía haber comenzado por crear por ejemplo el universo astronómico, indudablemente bello y armonioso y dotado de incontables cualidades y energías. Hubiera manifestado en ello su gloria y su infinita perfección;

pero sin comprometerse. Podría dominarlo a su placer, dictarle leyes y cambiárselas acaso, y volver a reducirlo a la nada en cuanto le pluguiera. No lo hizo así. Renunció de entrada al dominio, y con la más generosa de las renunciaciones. Creó en primer lugar, y antes que el mundo astral, seres libres y que además eran perfectamente capaces de usar de su libertad a plena conciencia y dominio desde el primer momento de su existencia. Los ángeles no tuvieron, como nosotros, un período de desarrollo en el cual su personalidad estuviera todavía inmadura e incapacitada para ejercer en plenitud la libertad; ni tienen a ésta condicionada por la ignorancia o las pasiones, como la tenemos nosotros aun en nuestro pleno desarrollo. Los ángeles fueron perfectamente libres desde su primer momento. Y ser libre consiste en ser dueño de las propias opciones y acciones. Con lo cual ya no es Dios el dueño absoluto de ellas. Así que la creación de los ángeles fue para Dios no una ocasión de dominar a sus criaturas, sino una ocasión de renunciar al dominio, y con una renuncia tanto mayor cuanto más perfecta era la libertad que creaba y más inmediato su ejercicio.

Dios se comportó así como el perfecto Amador, que quiere, por supuesto, e irrenunciablemente, y enérgicamente, contar con la voluntad de la persona amada pero sin ejercer sobre ella ningún tipo de dominio que anule o disminuya su libertad.

Así Dios, al crear a los ángeles, se comprometió con un estilo de creación, para nosotros, desconcertante: sustituyó el dominio por el respeto, y consecuentemente, la acción directa por la indirecta. El universo material que, después de los ángeles, salió de sus manos creadoras, cae todo él, incluyendo a los hombres, dentro del campo de influencia de los ángeles. Esto es ciertamente una disposición divina; pero es ante todo un hecho. Los ángeles tienen capacidad para influir, y con gran eficacia, lo mismo sobre el conjunto de acciones y reacciones causadas por las leyes físicas y biológicas, que sobre la misma historia colectiva o individual de los hombres. No pueden, ciertamente, modificar las leyes físicas o violentar la libertad humana. Pero su exacto conocimiento de las primeras y el dominio que pueden ejercer sobre lo que el mundo tiene de circunstancial, les da una gran capacidad de gobierno; que, por remoción de obstáculos o aplicación acertada de

fuerzas activas sobre las capacidades pasivas de la naturaleza, puede llegar a lo prodigioso. No es propiamente lo milagroso. Porque lo milagroso suspende la ley física o la cambia por otra. Y en las leyes físicas no puede entrar más que quien las ha creado. Lo prodigioso, sin embargo, se acopla a las leyes físicas, pero puede presentar a los ojos humanos una fenomenología muy cercana a la del milagro. Y respecto a la conducta humana, los ángeles no pueden entrar en el santuario de la libre voluntad, pero sí influir sobre los factores que habitualmente la condicionan, como son la imaginación y los sentimientos.

Así pues, los ángeles de hecho se pueden mover libremente por el mundo y pueden influir sobre su curso y el de la conducta humana. Y esto lo hacen con perfecta connaturalidad según la naturaleza de que Dios lo ha dotado. Por lo tanto tenemos que pensar que Dios quiere en principio que ejerzan esa influencia, aunque evidentemente no arbitrariamente, sino como modo de conducir o reconducir al mundo y a los hombres hacia el fin para el que Dios los crea: adquirir la perfección y plenitud de ser propia de ellos mismos y convertir a esa perfección y plenitud de ser

en una forma de devolver a Dios el amor con que se las otorga.

Dios, pues, no es un Dios de dominio despótico, sino un Dios que sabe compaginar su incondicional exigencia a ser amado con la renuncia, el respeto, la entrega y el amor. Empieza por, renunciar a su dominio sobre los ángeles otorgándoles libertad perfecta y exponiéndose a que la usen contra El mismo. Y una vez creado el mundo, en vez de gobernarlo exclusivamente por sí mismo, prefiere dejarlo, en buena parte al menos, en manos de sus ángeles, y dar por bueno lo que hagan ellos, actuando como actúan movidos por el amor a El y por el deseo de corresponder a la entrega total de Dios con la propia entrega total.

Así resulta que los ángeles tienen una misión de gobierno del mundo y de los hombres, que les hace merecedores de nuestra más atenta consideración y devoción.

***LA SUAVIDAD DE DIOS***

Dios, pues, al crear a los ángeles, les pone en las manos parte de su propio divino dominio sobre ellos mismos y sobre el resto del universo. Esto, sin embargo, no significa que Dios acepte convertirse en un juguete de las libertades que crea. Pesa demasiado la infinitud de su ser como para que nadie pueda jugar con él. Dios no puede dejar de ser exigencia absoluta de ser adorado, servido y amado: sencillamente porque es Dios. Pero el Amor infinito que El es le convierte en donación perfecta de sí mismo, Y por eso se complace en aceptar como tuyas propias las iniciativas y disposiciones que, inspiradas por la verdad y el amor, adoptan sus ángeles buenos. Dios responde a la aceptación con aceptación. Perfecto amador, ama gratuitamente la solidez de ser y enriquecimiento de la personalidad de sus criaturas espirituales. Lejos de tenerles envidia, pretende hacerlas semejantes a sí mismo, pero cuidando de que permanezcan como seres distintos y "otros" que El mismo, sin que la individualidad de ellos quede nunca absorbida y anulada por la suya divina.

Esta buena voluntad de Dios no puede dejar de tener otras muchas repercusiones beneficiosas sobre cada una de sus criaturas y el conjunto de ellas. Tratar de conocer todas esas repercusiones sería presuntuoso porque pertenecen al misterio de Dios. Pero nos es lícito intentar rastrear algunas de ellas, para que nos dejen la mente abierta en fe a la oscuridad insondable de ese misterio y el alma herida en amor esperando de poseerle en plenitud tras la muerte.

Y la primera repercusión es la de la suavidad. Resulta que Dios es suave. “Gustad y ved cuan suave es el Señor”, nos canta la Sagrada Escritura. La suavidad evita los choques violentos, los saltos desproporcionados y las incorporaciones desacomodadas. La suavidad busca la dulzura en el encuentro, la proporción en el desarrollo y el acomodo en la asimilación vital, Y una providencia que interpone a los ángeles entre Dios y los hombres resulta más suave que si les enfrentara a estos últimos directamente con Dios, El ángel, a pesar de que a nuestra infantil mentalidad se le presenta como inconmensurablemente por encima de los hombres, a escala divina es solamente un poco superior a ellos.

“Hiciste al hombre poco inferior a los ángeles”, dice el Salmo octavo. Por eso, por su medio podemos acceder sin especial compromiso al mundo de lo divino en el que ellos son más “entendidos” que nosotros. Nos brindan la confianza que inspira quien precisamente no tiene en su mano el poder de la última decisión, que es factor que pone a nuestra atención y a nuestra actitud dialogante en la tensión de lo último y lo trascendental. Es verdad que nuestro diálogo directo con Dios mismo ha de ser distendido y confiado. Y esto es lo que a El le agrada. Pero bien sabe El lo difícil que nos es. Porque esa distensión y confianza, de ser auténticas, suponen por nuestra parte la renuncia a toda clase de reservas. Para tratar con Dios hemos de estar en actitud de entrega total, y no podemos reservarnos nada. El trato con el ángel no exige esa totalidad. El ángel es puro, pero no es la Pureza infinita. Nuestra petición de ayuda nos resulta, pues, más suave cuando es realizada por medio de los ángeles.

Pero también resulta más suave el recibir ayuda por su medio. No es fácil dar; pero tampoco lo es el recibir. Sobre todo si se trata de recibir gratis, sin posibilidad de compensar la limosna que se recibe

con otra que se da. La última dificultad de la oración no es la de saber perseverar en ella sin ver el fruto, sino la de saber y querer recibir el don sin pagar nada por él, ni siquiera el esfuerzo de un trabajo previo, o alguna compensación posterior que podamos ofrecer. Es porque quien acepta recibir gratis se reconoce mendigo. Y reconocer nuestra total mendicidad ante Dios es la más profunda dificultad de la religión.

La limosna del ángel no es, sin embargo, la limosna del rico al mendigo, sino la de un mendigo a otro mendigo. Y este tipo de limosna es más fácil de recibir. Y nos dispone además para aprender a recibir de Dios, el absolutamente Rico y Poderoso.

Además el ángel, cuando entra en nuestro interior, lo hace por la única puerta que puede abrir, que es la de nuestros sentidos interiores: la imaginación, memoria sensitiva, etc. Dios, sin embargo, cuando quiere entrar en nuestro espíritu, lo hace, es verdad, por la puerta que quiere, porque todas son suyas; pero la más propia de El es la directa, la que da acceso directo a la sustancia del espíritu. Pero resulta que en la sustancia del espíritu anidan nuestras más íntimas reservas. El que nuestra actividad externa se dedique a un trabajo u a otro, o

el que nuestra imaginación esté ocupada por unos u otros contenidos es algo que ciertamente nos atañe y nos importa, pero admitimos cambios con relativa facilidad. Lo que ya no admitimos tan fácilmente es que lo íntimo y sustancial de nuestro propio "yo" sea nuestro o de otra persona. Eso íntimo y sustancial de nuestro propio "yo" es la fuente de la libertad. Y esa fuente nos la reservamos con energía, tenacidad y dureza inquebrantables. Por eso no nos resulta fácil darle a Dios entrada libre en la sustancia de nuestro espíritu; y Dios, ante la resistencia que prevé encontrar en nosotros, opta fácilmente por desistir, no vaya a quedar el espíritu más endurecido después del rechazo. El ángel, sin embargo, de entrada cuenta con nuestra aceptación: el encontrarnos actuando nuestros sentidos interiores y consecuentemente nuestra memoria y entendimiento nos resulta en principio gratificante y de recibo.

Vislumbramos, pues, la fluidez y suavidad que proporcionan al gobierno del mundo los ángeles, como seres intermedios entre Dios y él

## XXIII

### **LAS JERARQUÍAS ANGÉLICAS**

Vamos a analizar detalladamente las diversas clases de ángeles y sus distintos oficios en el gobierno general del mundo. Seguimos a Santo Tomás, que a su vez refleja una doctrina teológica que, aunque no es dogmática, es común y está basada en la Sagrada Escritura.

Los ángeles se distribuyen en jerarquías, y éstas se dividen en órdenes o coros. Aunque nos resulte un tanto escandalosa, no hay igualdad entre los ángeles. Su naturaleza perfectamente espiritual les hace capaces de reflejar las perfecciones infinitas de Dios de maneras y en grados muy diversos, Y así, la superioridad y la inferioridad les son consustanciales e informan connaturalmente a la sociedad angélica, Y por eso los ángeles están jerarquizados.

Se distribuyen en tres jerarquías, y cada una de ellas se subdivide en tres órdenes, La primera jerarquía reconoce, contempla y adora a Dios como fin último de todas las creaturas, Y la segunda y tercera realizan el gobierno de la creación entera y disponen

la actuación de las creaturas para encaminarlas certeramente a Dios, su fin último.

Eso que los hombres vemos entre brumas, y que en nuestros tiempos ya una inmensa mayoría, convirtiendo la bruma en oscuridad total, niegan o afectan desconocer decididamente, pero que es el origen, razón de ser, centro, sustento y destino del mundo y de los hombres que en él convivimos, es para los ángeles luz meridiana reconocida y amada más que a sí mismos y todas las demás cosas. Los ángeles viven y actúan de cara a Dios, no a sus espaldas. Y entienden que han sido creados para adorarle, hacerle reverencia y servirle. Y que todas las demás criaturas han sido creadas también para eso mismo; y que sí, por irracionales, no son capaces de ello, su misión última no es otra que la de propiciar y facilitar la adoración, la reverencia y el servicio de las criaturas racionales. Por eso, su actividad y su influjo están inspirados de un espíritu e intención muy distinto que el del materialismo, laicidad y egoísmo que nos inspiran a los hombres y a las sociedades de nuestro tiempo. El de los ángeles es un espíritu sagrado. Por eso sus coros están agrupados en

“jerarquías”, que en su etimología significa “principado sagrado”.

Por eso tres de los nueve coros están especialísimamente destinados a contemplar a Dios de modo eminente y casi exclusivo, mientras que los otros seis contemplan además la creación y especialmente a los hombres para anunciarles y manifestarles la divinidad y encaminarles a ella. Los tres primeros coros son los Serafines, los Querubines y los Tronos, y forman la primera jerarquía. Cuentan, en su misión contemplativa, con un Dios amoroso y condescendiente que se complace en habitar y como asentarse en su misma interioridad, la de los ángeles, y en ella y desde ella manifestárseles junto con sus juicios y secretos. Resultan así estos ángeles ser asientos y tronos de la divinidad de una manera eminente y especial. Pero de ellos los Querubines conocen supereminentemente los secretos divinos, y los Serafines, además, sobresalen por su unión amorosa con Dios, Y los Tronos, se quedan para sí con el nombre que podía ser genérico para los tres coros de esta primera jerarquía, porque su misión es también más genérica, dentro de la pura contemplación y el puro amor. No obstante considera

Santo Tomas que a los Tronos les son especialmente manifestadas las esencias de las cosas creadas tal cual resplandecen en el ser divino. Por eso los ángeles de este tercer coro de la primera jerarquía son aptos para empalmar con los de las otras dos jerarquías con sus seis coros, que están más especialmente orientadas a las cosas creadas y su gobierno.

De él, del gobierno y entendido como contradistinto de la ejecución práctica de sus disposiciones, se encarga propiamente la segunda jerarquía. Sus coros son las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades. Y entre los tres, según describe sus respectivos cometidos Santo Tomás, realizan una completa, delicada y sabia labor. Las Dominaciones recogen de los Tronos las esencias de las cosas, tal cual ellos las han contemplado en la intimidad divina, y según ellas, determinan y definen lo que hay que hacer, Las Virtudes, que son especialmente competentes en el conocimiento y dominio de las fuerzas de la naturaleza, recogen el plan de acción de las Dominaciones y facilitan su ejecución otorgando las facultades pertinentes. Y las Potestades, cooperando con las Virtudes, coordinan los

diversos pasos de la acción según su cualificación y en orden a su ejecución práctica.

Esta, la ejecución, que recuerda Santo Tomás que consiste básicamente en la anunciación de las cosas divinas para que sean conocidas y aceptadas por los hombres y les sirvan de criterio y objetivo de su acción, es llevada a cabo por la tercera jerarquía con sus tres coros: los Principados, los Arcángeles y los Ángeles. Los Principados inician y como capitanean la acción. Los arcángeles la ejecutan en aquellos de sus aspectos que son de mayor envergadura y están informados por verdades que superan a la razón humana, y los Ángeles se ocupan de las disposiciones de menor envergadura, a cuya trama racional puede llegar la razón humana.

Toda esta doctrina la expone Santo Tomás en la primera parte de su Suma Teológica, cuestión 108. A ella nos hemos atenido en esta explicación sobre las jerarquías angélicas y su modo de actuar y gobernar. Si queremos ahora sintetizar las cualidades que resplandecen en ese modo de actuación tenemos que hablar de riqueza, profundidad, orden, coherencia, suavidad, sabiduría, eficacia, silencio y, sobre todo, respeto, respeto amoroso a Dios y sus planes, a los

demás ángeles y su jerarquía superior o inferior, a las cosas todas y su naturaleza, y a los hombres y su libertad. Todo ello inspirado y animado por un espíritu inmoviblemente anclado en la adoración y el amor de Dios.

¿No es verdad que nuestro modo de actuar y gobernar, contrastándolo con el de los ángeles, resulta pobre, superficial, desordenado, incoherente, violento, necio, ineficaz, ruidoso, respetuoso sólo de nuestro propio “yo”, y sobre todo, olvidado de Dios, su adoración y su amor? ¿No es verdad que el mundo mejor que anhelamos vendría más rápidamente si miráramos más a los ángeles para imitarles y dejarnos ayudar por ellos?

***LAS TRES IMÁGENES DE LOS DEMONIOS.***

Es oportuno ya enfrentarnos con el tema de los demonios. Es tema amargo y quizás hasta perturbador. De ser verdadero, de existir realmente los demonios, adquiere también amenazador realismo la inquietante imagen de un mundo plagado de ellos, en constante actitud de asedio y acoso de todos y cada uno de los hombres, para causarles el mayor mal posible en esta vida, y ganarles además como compañeros de sus eternos tormentos después de ella, Y hay que reconocer que esta imagen es capaz de llenar de espanto a quien la considere atentamente. Por eso nuestra época, que ha valorado especialmente la distensión psíquica como estado ideal de la vida, encuentra la idea del demonio y su infierno inencajable, indigerible y repudiable, Y ha decidido o bien decretar su inexistencia, o bien reducir al demonio a una personificación mítico-literaria del mal, y al infierno a una amenaza ficticia para conseguir justo asustarnos y apartarnos del mal.

Sin embargo, ni antes ni ahora, ni en la edad media ni en la actual edad de la democracia universal, nos es lícito a los cristianos negar la existencia de los demonios, ni su asedio y acoso a los hombres, ni la verdad del infierno eterno al que nos quieren arrastrar. Y el espanto y la indigestión que esto nos puede causar habremos de solucionarlos no a base de esconder la cabeza en la arena o acogernos a interpretaciones simplistas, sino precisamente al contrario: profundizando lo más que podamos en estos dogmas, tratando de no perder de vista su conexión armónica con todos los demás de nuestra religión. Que es lo que intentaremos hacer en los próximos comentarios.

Y lo primero que debemos asentar es que sí, que efectivamente los demonios existen. Pero clarifiquemos antes la imagen de los demonios, no sea que nos ocupe la mente una falsa e inverosímil que nos impida creer en ellos como debemos.

De los demonios hay dos tipos de imágenes inexactas. Por una parte la imagen fácil de un personaje negruzco con ciertos rasgos bestiales repugnantes, como cuernos en la frente y un rabo puntiagudo. Es una imagen que de niños nos producía

cierto respeto y temor, pero de adultos nos resulta hasta divertida, y sobre todo, cómoda y tranquilizante: nos decanta en el subconsciente la idea de que un personaje así no puede existir. La otra imagen inexacta es la de un ángel rebelde, que paga su rebeldía eternamente encadenado en una mazmorra ígnea, y cuya actividad se reduce a blasfemar y protestar, impotente e ineficazmente, contra la justicia vindicativa de Dios. Esta segunda imagen nos resulta todavía más sutilmente cómoda y tranquilizante que la anterior. Tiene más seriedad y hasta más verdad. Pero nos presenta unos seres dignos de compasión más que de odio o indignación. Se nos antoja que, por muy grande que haya sido su pecado, es demasiado castigo el que padecen. Y así nos resultan comprensibles sus blasfemias, y quien nos indigna es más bien el Castigador, a quien encontramos insaciable en su venganza. Y como no podemos admitir un Dios de corazón duro y olvidado de su misericordia, encontramos inaceptable la imagen del demonio, la mazmorra, el fuego y la venganza, y decidimos arrinconarla o negarla.

Más que estas imágenes arbitrarias y un tanto míticas del personaje bestial o del pobre diablo

encadenado y absolutamente impotente para otra cosa que para blasfemar ineficazmente, nos acercarán a la realidad del demonio los diálogos, encuentros y hasta choques que Jesús tuvo con ellos, según los describe el Evangelio con su vivísimo realismo. Leamos, por ejemplo, en el capítulo 12 del Evangelio de San Marcos, La acción se desarrolla en Cafarnaún: "Había entonces en su sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: '¿Qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? Sé quién eres tú: el Santo de Dios'. Jesús, entonces, le conminó: 'Cállate y sal de él'. El espíritu inmundo agitó violentamente al hombre y, dando un grito, salió de él".

El demonio que se nos describe aquí no es un ser impotente y capaz solamente para blasfemar. Es una inteligencia atenta a los acontecimientos, dotada de poder sobre los hombres y obstinadamente empeñada en usarlo para hacerles daño. Esta obstinación no es una enfermedad psíquica que ese demonio padece contra su voluntad, o una influencia nociva de otro espíritu superior a él que le domina, como el hombre a quien él posee, padece en su cuerpo su maligna violencia. Es una obstinación de la

cual el único responsable es él mismo, el mismo demonio. Y esa obstinación es tan decidida y absoluta que provoca la indignación de Jesús, siempre mucho más dispuesto a compadecerse, hasta de los pecadores, que a indignarse. Estamos pues bastante lejos del pobre demonio que no hace más que sufrir las iras vengativas de Dios. Y estamos más lejos todavía de ese ridículo personaje negruzco de rasgos bestiales y repugnantes. Los demonios son espíritus y no distienden su ser en una corporeidad que relativice la fuerza de su inteligencia y de su voluntad. Y para que no volvamos a desfigurarles aplicándoles la imagen fantasmal y vaporosa que solemos asociar al concepto de espíritu, digamos más bien de ellos que son "inteligencias". En su ser y constitución no hay nada que les confiera pasividad o inercia ni que vaporice o difumine el concentrado poder de penetración, de volición y de acción que es su vivísima personalidad, su vivísimo yo. Los demonios son poderosísimas inteligencias carentes de todo tipo de materialidad, y dotadas de fuerza y decisión grandísimas en su voluntad, y de capacidad de acción de gran eficacia. Es decir, son también ángeles; pero ángeles radical y obstinadamente perversos, ángeles que han puesto toda la inmensa fuerza de su

personalidad al servicio del mal y de la destrucción de la obra de Dios.

Y con esto queda aclarada la verdadera imagen de los demonios. Y de rechazo queda también apuntada la prueba más importante de su existencia: el testimonio de Jesucristo, En anteriores comentarios ya lo habíamos aducido y explicado para demostrar el realismo del mundo angélico en general. Hablábamos de la parábola de la cizaña y de la explicación que da de ella Jesucristo mismo. Ho obstante es conveniente considerar también su testimonio restringido específicamente al mundo diabólico. Dejamos este desarrollo para el próximo comentario. Después deberemos enfrentarnos con el problema del porqué de la malicia eternamente obstinada de los demonios, a continuación debemos afrontar el problema que nos plantea su constante asedio y acoso a los hombres, y después el problema bastante penoso de digerir todos estos amargos problemas.

***EL LUGAR PROPIO DE LOS ANGELES  
REBELDES***

Tratando de aclarar la verdadera imagen de los demonios, hemos desechado las cómodas del personaje negruzco de rasgos bestiales o la del pobre diablo impotente, perpetuamente encadenado en una mazmorra ígnea, Y hemos obtenido así una imagen alarmante por su verismo y sus vivísimos rasgos. Los demonios son poderosísimas inteligencias carentes de todo lastre de materialidad, dotadas de grandes capacidades de acción y de una voluntad gigantesca anclada en una decisión, exactamente eterna, de causarle a Dios el mayor mal posible. Pero la pregunta decisiva es si esta imagen resulta avalada por la actuación y el testimonio de Jesucristo.

Abrimos, por ejemplo, el Evangelio de San Lucas en el capítulo octavo: "Y arribaron a la región de los gerasenos, que está enfrente de Galilea, Al saltar a tierra vino desde la ciudad a su encuentro un hombre que tenía demonios, y que hacía mucho tiempo que no llevaba vestido ni moraba en una casa, sino en los

sepulcros. Al ver a Jesús comenzó a gritar y, postrándose ante él, dijo con gran voz: « ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? Te ruego que no me atormentes». Porque había mandado al espíritu inmundo que saliese del hombre. Pues en muchas ocasiones se había apoderado de él; y lo ataban con cadenas y grillos para guardarlo, pero rompía las cadenas y era empujado por el demonio a los desiertos. Jesús le preguntó: « ¿Cuál es tu nombre?» El respondió: «Legión», porque habían entrado en él muchos demonios. Y le insistían para que no les mandase irse al abismo. Había allí una piara de bastantes puercos que pacían en el monte. Y le pidieron que les permitiera entrar en ellos. Y se lo permitió. Entonces salieron del hombre los demonios y entraron en los puercos, y la piara se lanzó por la pendiente del lago y se ahogó”.

El endemoniado no es un enfermo. Un enfermo padece de impotencia y debilidad; y si alguna vez es impelido a un despliegue desequilibrado de energía, la crisis se resuelve en breve en una postración mayor. Nuestro endemoniado resiste la desnudez y la intemperie habituales y duraderas, ambientes inhumanos imposibles de vivir por la persona más

sana, y frecuentes accesos de energía y fuerza sobrehumanas, que no dan muestras de mermar en absoluto su vitalidad. Pero sobre todo muestra en su hablar una penetración y agudeza propias sólo de un espíritu instalado ya fuera de las coordenadas relativizadoras del espacio y del tiempo, y enfrentado por completo y definitivamente con Dios, “¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo?”. Exabrupto sobrecogedor, cuya seca esencia escupida al rostro mismo de Dios es: “Yo contigo nada”. También los demonios conocen, muy a su modo, el estilo divino de no decir palabras ociosas. Las suyas son siempre escuetas, cargadas de inteligencia y de malicia destructora. Resuelven en plenitud de eficacia el odio frío que las inspira, que no se desperdicia en inútiles desahogos.

No, no es un pobre enfermo, dotado de un simple espíritu humano, el que pronuncia estas palabras preñadas de trascendencia absoluta y de coherencia con el drama de los ángeles caídas. Es uno de ellos el que las pronuncia por boca del geraseno. Un espíritu que ha reconocido a Jesús como Hijo de Dios, y por eso, muy a su pesar, se ha tenido que postrar ante El, Porque El es precisamente la piedra

angular contra la que chocó su soberbia destrozándose. En el momento de su prueba original, recién salido de unas Manos Creadoras que le amaban demasiado para imponerle a la fuerza la aceptación del don matrimonial de su Vida Divina, también él, el ángel, necesitó de una gracia especial que le ayudase a rendirse al amor. Y esa gracia no tuvo para él otra fuente que la que nos alimenta a nosotros los hombres: el Hijo de Dios, Dios como el Padre, que a impulso del Amor que es el Espíritu Santo, había de encarnarse en un humilde cuerpo material dotado de naturaleza humana, para ser el centro y salvador de toda la creación, incluso de ellos, los ángeles. Muchos de ellos se sintieron humillados si se abrían a la gracia salvadora, que sentían les constreñía a rendir su poderosa personalidad en agradecimiento y adoración ante un hombre. Y rechazaron a ese hombre aun antes de que hubiera nacido, se ensoberbecieron y se erigieron a sí mismos como sus únicos dioses. En ese momento trocaron en odio y envidia absolutos el dulce amor a Dios a que se habían sentido llamados, y con ello su cercanía se les convirtió en un tormento insoportable y desearon alejarse de El. Pero ¿qué lugar está lejos de un Dios que está presente en todas partes, y que habita sobre todo precisamente en la

más honda intimidad de la criatura espiritual? No había más que un medio para alejarse de Dios, un medio que a la vez satisfacía el odio y la envidia que habían concebido contra El: destruirse a sí mismos en cuanto imagen y templo de la divinidad, llevar el odio a Dios hasta el extremo de invertir también en odio destructor el amor connatural a su propio ser, sólo por ser imagen y asiento de Dios; y extender, claro está, ese odio destructor a todo aquel ser, espiritual o material, que ofreciera el más mínimo vestigio de Dios, o con otras palabras, a todo lo que presentara algún rasgo de bondad. Se convirtieron de gracia en malicia, y la erigieron en su morada definitiva.

Pero no se olvide que ni en la naturaleza ni en las decisiones angélicas hay el más mínimo rastro de materialidad, y por lo tanto de pasividad en su ser sustancial o debilidad en su inteligencia o su voluntad. El ángel es todo él absolutez y fuego de espíritu. Así lo creó Dios. La creación del espíritu angélico es expresión y concreción de una totalidad de amor y entrega divinos que no pueden sino resolverse en algo dotado de la absoluta viveza y penetración del fuego. No es que el espíritu angélico sea como el fuego; es que el fuego es como el espíritu angélico. Mientras ese

fuego está integrado y absorbido en la pura e infinita armonía, bondad y belleza que es el Ser divino, sin dejar de ser fuego se resuelve en la eternidad feliz eternamente nueva, que es la morada del cielo. Pero cuando queda transido del odio autodestructor de sí mismo y de todo lo divino, y en conjunción además con el mismo odio de otros ángeles, el fuego que es el espíritu trasciende de dentro afuera y origina una morada común en la que la desarmonía, la malicia, el desorden y la fealdad adquieren una entidad autónoma que resuelve su vivísima energía en fuego torturador de autonomía incontrolable, fuego eternamente vivo porque eternos son los espíritus y su odio. Tal es el infierno.

El infierno es pues el propio lugar de los ángeles rebeldes, escogido por ellos mismos como su eterna morada. Pero es también el lugar de castigo dispuesto para ellos por la justicia divina, como desarrollaremos as continuación con la ayuda de Dios

***EL INFIERNO COMO EXPRESIÓN DE LA  
MALDICIÓN DE LA JUSTICIA DIVINA***

Hemos visto cómo el espíritu diabólico está embargado para con Dios por un rechazo total: que, al serlo de la Fuente misma del bien, la vida, la riqueza, la integridad y la armonía, trae consigo la inmersión en el reino del mal, la muerte, la carencia, la destrucción y la anarquía. Y que este reino, al ser angélico y espiritual, es también de fuego: de fuego autónomo, destructor y torturador. Es decir, es el infierno.

Pero ese diabólico rechazar a Dios en la persona de Jesús, a pesar de nacer de la más íntima y autónoma libertad, está paradójicamente acompañado en los demonios de Gerasa (que son muchos los que atormentan al pobre geraseno) de la súplica insistente de no ser arrojados al abismo. Y esto nos plantea dificultades sobre la voluntad del ángel caído de habitar en su infernal reino. Los demonios que dominan el cuerpo del geraseno no quieren ir al infierno. Prefieren quedarse en la tierra atormentando

a los hombres. Y además reconocen que la última palabra sobre su morada definitiva está en labios de Jesús, Hijo de Dios altísimo.

Vamos ahora a enfrentarnos con esta última cuestión: la de cómo el infierno, además de ser fruto de la malicia misma del ángel caído, es castigo impuesto por la Justicia divina. Y dejaremos para el siguiente comentario la cuestión de la voluntad dividida de los demonios y su posibilidad de vagar por la tierra, como lugar distinto del abismo infernal.

Los ángeles caídos, en efecto, son los que inician y consuman el gesto de apartarse de Dios y prepararse como morada su ardiente reino de destrucción y de muerte. Pero Dios no puede quedar indiferente ante ese gesto. No cuenta para El lo mismo el que su criatura espiritual responda a la total entrega amorosa de su infinito Ser, con la correspondiente entrega de gratitud y de amor, que el que responda con soberbia, envidia y rechazo total. El primer gesto ensancha los senos del espíritu creado, y con ello lo dispone a que el don de la vida y amor divinos sea recibido por él en un grado mayor, haciéndole así capaz de un nuevo y también mayor acto de amor y agradecimiento. Y se inicia así un proceso de

crecimiento paralelo del don y de la respuesta, que no ha de cesar en toda la eternidad. Esta es la bendición de Dios y el premio del cielo. Contrariamente el gesto de rechazo provoca en Dios no el endurecimiento del odio: que siendo como es Amor infinito, es incapaz de cerrarse en insensibilidad y desafecto; pero sí la maldición. Y la maldición consiste en respetar la libre decisión del ángel de apartarse de El y odiarle eternamente. Dios respeta con seriedad divina la libertad, la obra suprema de su Amor creador. Y así, respetando, es como Dios juzga y sanciona. Dios rubrica con su propia aceptación el rechazo angélico. Y manda al ángel rebelde que se aparte de El al fuego eterno que él mismo, el ángel, dispone para sí mismo.

Pero esta sanción resulta ser también gesto de la Misericordia. Porque con ella Dios evita al ángel rebelde el mayor de sus tormentos, que es precisamente el estar cerca de su divino ser, en el reino de la luz, la armonía, el amor y la adoración. Y muy a su pesar, toma la decisión, amarga para El y escandalosa para nosotros, de cerrarle para siempre la fuente de su gracia refrigerante y consoladora. Es el modo de evitar al ángel rebelde el tormento de la presencia divina y el tormento del implacable

autorreproche que ha de quedar eternamente anclado en lo íntimo de su ser, tras la mínima gota de don divino que caiga sobre él. Porque infaliblemente la ha de rechazar el ángel, instalado como está ya definitivamente en el odio a Dios. Y este rechazo del don de Dios, que sabe el ángel que es para él su única auténtica y verdadera vida, ha de provocar en él una autoinculpación incesante, que va a acrecentar sus tormentos.

Dios, por su parte, no sólo está dispuesto a aliviarlos con sus consuelos, sino incluso a hacerlos desaparecer por completo, y transformar instantáneamente la maldición infernal en bendición celestial. Pero su Amor, precisamente su Amor, le impide hacerlo de una manera impositiva que conculque el respeto a la libertad angélica. Dios no impone su cielo ni siquiera a los ángeles condenados en el infierno. Así que, puesto a llevarles a su Gloria, solicitaría antes su libre aceptación. Y aquí está la dificultad. Un espíritu endurecido por la decisión total de odiar a Dios, rechaza cualquier don de origen divino, incluso el de ser liberado de su odio y su pecado. Prefiere continuar torturado por ellos a renunciar a la satisfacción de negarle a Dios cualquier

satisfacción, incluso la de salvarle a él mismo, al ángel, del infierno y poderle dar el abrazo paternal y definitivo de su amor eterno.

Por eso, previendo Dios el rechazo infalible de su gracia salvadora, para evitar al ángel condenado que sus torturas se multipliquen con una nueva opción por el odio y con el recuerdo de haber nuevamente tenido el cielo en la mano y haberlo despreciado, movido precisamente por su Misericordia y su Amor, contiene su deseo paternal de repetir e intensificar sus invitaciones a morar y descansar con El en su Gloria, y cierra para siempre la fuente de sus dones. Dios se complace en que sus espíritus bienaventurados gocen de una felicidad eternamente creciente, pero no en que los que han querido rechazarle acrecienten su desgracia el menor grado.

¿Pero no podía al menos hacer volver a la nada a esos ángeles desgraciados? ¿No podía hacerles retornar al estado de inexistencia que tenían antes de haber sido creados? Siempre será mejor no existir que torturarse a sí mismos y ser mutuamente torturados en el infierno para siempre.

Tampoco lo hará. Porque, tampoco sabría hacerlo sin recabar antes el libre consentimiento de su

criatura, Y ésta no lo ha de dar nunca, sino que está siempre e infaliblemente dispuesta a preferir una existencia desgraciada que le permite perpetuar eternamente su odio a Dios, antes que la pura inexistencia. Por eso Dios, de nuevo, para evitar que el dolor aumente, reprime su deseo: que, además, tampoco le proporcionaría otra satisfacción que la precaria del mal menor.

Así el infierno, erial eterno en el que Dios está completamente ausente y donde no reina más que el odio y sus espantosas excrecencias de fuego vivo y destructor, es a la vez producto diabólico, expresión de la maldición de la Justicia de Dios y signo de su Misericordia.

***PARADÓJICA Y CONTRADICTORIA  
SITUACION DEL ÁNGEL CONDENADO.***

Contemplando la maldición divina sobre los ángeles rebeldes, hemos visto cómo ella nacía en último término del respeto a la libertad angélica, y estaba además atemperada por la misma misericordia. Ahora nos toca enfrentarnos con la relativa libertad de movimientos que muestran tener los demonios, según se desprende de su actuación en el caso del geraseno poseso, tal cual lo veíamos descrito en el evangelio de San Lucas. Aquellos demonios entran y salen del cuerpo de su víctima, tienen preferencia por los lugares desérticos; cuando son arrojados por Jesús, les place, como solución de emergencia, infestar a los puercos de la piara que paca en el contorno, aborrecen volver al infierno; pero en todo caso se encuentran constreñidos por la voluntad de Jesús, Hijo de Dios altísimo, a cuyos mandatos tienen que someterse, y con cuyo permiso tienen que contar. Y esto nos plantea una serie de problemas. Si, según ya hemos visto, los ángeles malos encuentran su mayor satisfacción en hacerle a Dios el mayor mal posible, y

el modo mejor de lograr su objetivo es precisamente ocuparse en destruirse a sí mismos y a los demás espíritus diabólicos por medio del mar de fuego destructor en que el propio ser de todos ellos se resuelve una vez convertidos de gracia en malicia y embargados por el odio, ¿cómo pueden ahora aborrecer ese infierno y preferir habitar la tierra y los cuerpos vivos de los hombres o de los animales? Además, la sentencia condenatoria de Dios, según la explicábamos, iba como a remolque de la voluntad autodestructora del ángel malo, de tal modo que todo consistía en aceptarla y como rubricarla. No quedaba contrariada. Pero en la región de los gerasenos Jesús contraría enérgicamente la voluntad de los demonios, y les manda salir del cuerpo del poseso contra su voluntad de quedarse en él; y, aunque de momento no lo hizo, les pudo ordenar irse al infierno, a pesar de que ellos no lo querían. ¿Deberemos entonces corregir nuestra explicación?

No precisamente corregirla, pero sí matizarla y profundizarla. Tratemos primero de profundizar en el gesto divino por el que acepta la voluntad del ángel de apartarse de El, y a la vez le manda que lo haga y vaya al fuego eterno. ¿Es que Dios se enfada a modo

humana y, despechado, le dice al ángel malo mientras da la vuelta a la llave de la mazmorra infernal: "Te vas a enterar de las consecuencias de tu opción"? No hay tal. Dios no se despecha ni se arrepiente de su misericordia. Y el ángel malo tampoco experimenta un tardío arrepentimiento que le haga exclamar: "Si llego a conocer las consecuencias de mi rebelión, no la hubiera realizado". Sigue obstinado en contra de Dios, Y en ese "contra" está precisamente la explicación de cómo la aceptación por parte de Dios de la rebelión del ángel se resuelve para éste en un mandato, y un mandato que le contraría. Efectivamente. Dios acepta la rebelión del ángel no precisamente en lo que tiene de rebelión y odio. No podría. Dios no puede sino rechazar el odio del ángel. Acepta esa rebelión justamente en cuanto que es libre, en cuanto que acepta y respeta la libertad angélica en toda su extensión y con todas sus consecuencias. La acepta por completo y mientras dura, es decir, eternamente. Pero el odio no lo acepta ni le complace. Su respuesta ante él es la de una oposición radical. Una oposición que es su mismo inmutable e infinito ser divino que gravita sobre el angélico y su odio con todo el infinito peso de su santidad y su amor, como podría gravitar el sol sobre un iceberg si cayera sobre él. Semejante

choque, tratándose no de masas inertes, sino de personas vivas, y una de ellas absoluta e infinita, produce un rechazo, también absoluto, que al ser el ser de Dios puro querer, se manifiesta en su mandato al ángel malo, de apartarse de Él. Así que la separación de Dios es a la vez realizada y padecida por el ángel malo. Es realizada, porque es consecuencia, y consecuencia deseada, del odio: el ángel, como veíamos, no soporta la cercanía de Dios y quiere alejarse de Él. Y es padecida porque Dios, por su parte, aunque con distinta motivación y espíritu que el ángel, le rechaza con el mandato absoluto de apartarse de Él, Y es además una contrariedad para el ángel porque éste encuentra en Dios una oposición y rechazo total a su pretensión de odiarle.

Esta actitud de Dios a la vez de aceptación y de rechazo, de condescendencia e imposición imperativa, es en último término expresión concreta de su actitud general ante la criatura libre, independientemente del estado en que ésta se encuentre. Dios, al crear la libertad, ha realizado una acción paradójica y desconcertante. Establece ante sí mismo un tú, hecho a imagen y semejanza de él mismo, dotado de real y práctica autonomía, con quien funda una relación de

libertad a libertad, de tú a tú; pero sin dejar por eso de ser Dios, infinitud única de ser y de poder, principio y fin absoluto de su criatura, Esto hace que ejerza sobre ella una misteriosa pero realísima providencia y gobierno, que respetando siempre su libertad y su autonomía, envuelve en un delicadísimo juego de mandatos, prohibiciones, permisiones, invitaciones, satisfacciones, premios y castigos, la extensión entera del ser y de la vida de su criatura, según lo permitan, aconsejen o exijan sus disposiciones internas y sus circunstancias externas. Esta viene a ser la ley general de su providencia, que es aplicada después diversamente según los diversos estados en que su criatura libre se encuentre, tanto se trate de las diversas disposiciones y circunstancias de la vida humana intraterrena, como de los diversos estados generales en que los espíritus creados se pueden encontrar: el estado de unión temporal con el cuerpo en el caso del hombre en la tierra, el estado de felicidad eterna consecuente a la opción definitiva por el amor, o el estado que ahora nos toca contemplar de condenación eterna del espíritu angélico.

Lo que caracteriza este último caso es la agudización extrema en que se constituyen los

diversos polos de la situación. Por parte de Dios hay un paroxismo del amor y del respeto ante el ángel y su opción de apartarse de Él, a la vez que ante su odio responde con una absoluta contrariedad y rechazo, resueltos en el mandato condenatorio. Y por parte del ángel malo se da el desgarramiento total de su ser que, llamado perpetuamente a amar perpetuamente a Dios, opta por odiarle con decisión irreformable y perfectamente endurecida. Esta actitud radical desintegra el vigor vivísimo de su voluntad; convierte en destructor, autónomo y devorador el fuego que él mismo es, por ser espíritu; seca y como petrifica su libertad, que pierde su fluidez natural, que es fruto de la integración entre sí de todos los estratos del propio ser y de todos ellos en Dios; y le hace al ángel presa de deseos contradictorios.

Además el ángel malo, mientras Dios se lo permita, puede desarrollar los movimientos que competen a su agilísimo ser y ocupar una y otra parte del mundo material. Los ángeles malos mantienen radicalmente su misión de cooperadores de Dios en el gobierno del mundo. Y éste les resulta por lo tanto familiar y ámbito posible de su vida y movimientos.

Pero dejaremos este desarrollo para el próximo comentario.

[Volver al Index](#)

***LA DESINTEGRACIÓN DE LA  
PERSONALIDAD DEL ÁNGEL REBELDE.***

La libertad adquiere diverso grado de autenticidad y fluidez vital según el nivel de autointegración y de perfección que ha adquirido la personalidad. Para entenderlo, observemos primero la influencia del nivel de cultura en la libertad. Es verdad que, junto a una escasa cultura, aparecen con frecuencia rasgos de carácter de admirable finura, que nos advierten de la dificultad y el riesgo de catalogar a los hombres según una única y simple escala. Pero sin aventurarnos a juzgar globalmente a ninguna persona, podemos estudiar en sí mismos los defectos y vicios humanos, y su repercusión en la libertad. Una personalidad físicamente ya desarrollada, pero que adolece de graves carencias en su formación humana, estará entorpecida para expresar todas aquellas cualidades suyas que no han tenido suficiente desarrollo, y no han depositado, por lo tanto, en el espíritu el gozo liberador de estar actualizadas. Además, esa persona, en las regiones oscuras de su ser, estará aquejada de tenaces sentimientos de

frustración y de inferioridad, que, por añadidura, no sabrá sacar a la luz de la conciencia para afrontarlos, minimizarlos y asumirlos al menos, si no ya extirparlos. Y estos sentimientos, por la desfiguración que producen en la imagen propia y del mundo exterior, y por las irritaciones que causan en el complejo pasional, obstaculizarán todavía más esa libre y liberadora expresión connatural de las propias cualidades y el propio ser, ya entorpecido por su falta de desarrollo cultural. Así ocurre que las opciones y reacciones de esa persona van con frecuencia demasiado a remolque de sus desfiguraciones, complejos e irritaciones y carecen de la flexibilidad de lo connatural. Distan mucho de la suavidad y gozo de quien opta y reacciona desde una personalidad normalmente desarrollada, y que habita en sí misma en paz y armonía consigo misma como en una habitación iluminada y conocida en todos sus rincones. De los dos tipos de personas hay que decir que son libres en sus elecciones y actuaciones. Pero ¡qué distinta tipo y modo de libertad el de cada una de ellas!

Pero nadie es moralmente malo sólo por ser inculto. Ni los sentimientos subconscientes de

frustración e inferioridad afectan por sí mismos a la cualificación moral de un ser humano. Sin embargo, el rudimentario análisis que hemos hecho nos prepara para estudiar también la repercusión en la personalidad, no ya de la incultura, sino de la malicia moral propiamente dicha, del odio cordial y práctico al orden moral y a Dios, que lo fundamenta y lo ama.

La incultura provocaba un subdesarrollo de cualidades, que no podían así expresarse y liberarse. La malicia es verdad que puede coexistir con un despliegue de ellas, incluso hasta un grado eminente; pero deja, no sólo sin desarrollo, sino incluso muerta, la primera y principal de todas las cualidades humanas: la cualidad o virtud que nos despierta el sentido de Dios y del bien: la virtud de la religiosidad. Si esa virtud se muere, queda sin desarrollar, no ya una u otra de las cualidades que enriquecen nuestro espíritu, sino el espíritu mismo en su más íntima ser, el núcleo exacto, "más íntima que mi propia intimidad", en que el espíritu, justo simplemente por ser, se abre a Dios, su Creador, que le consolida en el ser, hace efectiva su integridad radical y le garantiza la eterna y feliz perduración en ella. Por eso la malicia desintegra al ser humano en su raíz y le sume en una

total desorientación. La malicia le priva al hombre de su norte, de su unidad y de su gozo de ser, Y así las pasiones capitales: la propia excelencia auto divinizada por decreto imperioso de la voluntad, el egoísmo radical en el tener y en el sentir, la irritación homicida y destructora contra todo aquel y todo aquello que obstaculice al egoísmo o simplemente lleve o represente verdad, pureza y bondad, el odio en suma y desdén hacia la divinidad, se convierten en los contenidos obsesivos de las propias intenciones, opciones y obras. Y si los sentimientos de frustración e inferioridad se unían a la incultura para desnaturalizar el comportamiento, fácilmente se ve que el turbulento complejo de tendencias y pretensiones que embargan al espíritu poseído por la malicia deja seca y rígida con la rigidez de la muerte, la gozosa y libre fluidez de una existencia integrada consigo misma y con Dios, que la fundamenta, enriquece, solidifica y abre a una vida eterna. No tratamos, con estas pinceladas, de describir a ningún ser humano concreto. En la presente vida al menos, no se da la malicia pura que analizamos. Aquí también entra en juego la complejidad misteriosa de las personas de carne y hueso, que nos impide encasillar a nadie en la categoría absoluta de malo. Pero ciertas tendencias y

actitudes que observamos en nosotros o en los demás cuando nos apartamos del bien, nos ayudarán a comprender, transfiriéndolas a un plano absoluto, la estructura espiritual de quien estuviera totalmente poseído por la malicia. Cuando nos abrazamos con ella, los contenidos pasionales de cada momento se nos convierten en objetivos únicos y absolutos, que nos provocan acciones, reacciones y gestos destemplados, escapados al control de la voluntad, imposibles de integrar en un plan de vida armonioso y ordenado. Nos volvemos de espaldas a la verdad de nuestra propia imagen; y para afianzarnos en nuestra actitud, llenamos de ruido nuestro interior y nuestro ambiente. Los caprichos anárquicos se convierten en norma de vida. Y compensamos con envidia y resentimiento el dominio y hasta subyugación, por supuesto, inconfesados, que nos invade ante cualquier representación del bien y la integridad moral.

Pues bien, si la malicia absoluta no se da sobre la tierra, se da ciertamente en el ángel rebelde. Por eso podemos ya entender su desintegración interna, la rigidez con se ve compelido a realizar todo aquello que su malicia convierta en objetivo absoluto de sus pasiones: es decir, de su soberbia, que le lleva a

erigirse en dios absoluto de sí mismo y de los hombres; de su pasión por la posesión y el dominio del mundo; de su envidia de Dios y de la virtud humilde, sobre todo la purísima de la Virgen María; de su ira precisamente deicida y por ello homicida, y de los encaprichamientos que también él tiene por determinadas personas o lugares, no hay que olvidar la eximia cualificación natural que tiene un ángel, aun rebelde, ni que persiste en él radicalmente, bien que traicionada e invertida por él mismo, su vocación a cooperar con Dios en el gobierno del mundo y de los hombres. Podemos también entender que el ángel rebelde, rabiosamente vuelto de espaldas a su propia verdad y a la de Dios, sea el padre de toda ofuscación de la verdad y toda mentira. Podemos entender que la Virgen María, con sola su pureza, sea capaz de ejercer sobre él tal subyugación que equivalga a un aplastamiento de su cabeza. Y podemos también entender el influjo avasallador de la pureza y santidad divinas de Jesucristo, que le compele, contra su más íntima voluntad, a doblar ante él las rodillas, como nos lo dice San Pablo y lo testimonia el Evangelio.

***LA PRESENCIA DIABÓLICA EN EL MUNDO***

Dibujar, como hemos intentado, un psicograma del ángel malo y su actuación no es un inútil capricho intelectual sin repercusión práctica. Contar con el ángel malo nos interesa mucho en la vida práctica de todos los órdenes y de todos los días. Está en ella mucho más presente de lo que pensamos: con una presencia minuciosa, constante, universal y sobre todo inteligente, Y si queremos serlo también nosotros, hemos de comenzar por suplir la falta de evidencia inmediata que tenemos de esa presencia, con el raciocinio, la perspicacia y la cautela: y con tanta mayor diligencia cuanto mayor es la astucia y el cuidado actual del demonio de ocultar su existencia y disimular su influjo. En esta nuestra época, que es precisamente la más influida por él entre todas las de la historia, ha conseguido la mayor de sus victorias: la de persuadirnos de su inexistencia. A los hombres de nuestra época la increencia en el demonio se nos ha convertido en una coraza tan dura, que no sufre fisura, ni a la vista de evidentes prodigios, que se desarrollan casi en nuestra vida cotidiana, atribuidos,

sin embargo, en otros siglos a influjo diabólico por la prudencia y la sabiduría cristianas. Según informaciones que casualmente nos llegan, cunden, por ejemplo, entre nosotros determinadas prácticas, mal llamadas “juegos”, que logran que las personas que comunitariamente los realizan, entablen un diálogo no carente de sentido con un objeto inanimado, que responde con golpes o movimientos. En otras ocasiones se trata de colegiales que, tras determinado ejercicio de relajación, se muestran en sus exámenes dotados de conocimientos que superan extraordinariamente a su estudio y a su conocimiento real. En cierta casa de San Sebastián situada en la cima de Aldapeta y bien visible desde bastantes puntos del barrio de Amara, y lugar de pecado en tiempos todavía no muy lejanos y hoy casa de espiritualidad, se registraban en el verano de 1945 fenómenos extraordinarios, observados largamente por todas las hermanas de la comunidad religiosa que allí habitaba provisionalmente: mesas y sillas que se mueven solas, puertas de armarios abiertas y cerradas bruscamente sin ninguna intervención humana, ruidos inexplicables, y otros sucesos inquietantes y preternaturales que están testificados en el libro del P. Daniel Díez “Madre María Pilar Izquierdo Albero,

fundadora", Pág. 335 y siguientes. Hay que notar que los fenómenos desaparecieron a raíz de un exorcismo que un conocido jesuita de aquel tiempo pronunció sobre la casa. Recordamos que hace unos cuantos años fue presentado en las pantallas de la televisión un personaje llamado Uri Geller, capaz de realizar a distancia operaciones humanamente imposibles, como doblar objetos metálicos o poner en marcha relojes rotos y ya desechados por sus dueños. El tema de los OVNIS es ya demasiado duradero y está demasiado testificado como para despreciarlo. Y sin embargo, según aseguran los físicos, es inconcebible a base solo de adelanto técnico de una supuesta civilización situada fuera de nuestro sistema solar: tales viajes y movimientos superan con mucho las posibilidades de las leyes físicas del universo, perfectamente conocidas ya por los científicos. A notar también que ese tipo de fenómenos parece tener preferencia por los lugares de apariciones marianas y de prácticas satánicas.

Ante estos hechos, y otros que conocerán, sin duda, algunos de nuestros radioyentes, mejor informados que nosotros, el hombre moderno experimenta una notable repugnancia para atribuirlos a un influjo o infestación diabólica. Prefiere con mucho

adjudicárselos a misteriosos factores, convenientemente conceptualizados según el estilo de la ciencia actual, que se supone están inherentes en la naturaleza humana, particularmente en el cerebro, aunque carecen habitualmente de desarrollo por ignorancia del sujeto o por bloqueos subconscientes. Esos factores de alguna manera existen. Pero no dotados de la capacidad de elevar sobre sí misma a la naturaleza humana y hacerla sencillamente capaz de hacer milagros, como obscuramente se les atribuye. La naturaleza humana tiene en su actuación y en sus fuerzas unos límites insuperables que no somos capaces de suprimir, por mucho que los disimulemos con biensonantes términos científicos. Existe no obstante en el espíritu humano una luz natural, que habitualmente está ahogada casi en su totalidad por el cúmulo caótico de impresiones y sensaciones que ocupan nuestros sentidos e imaginación, y que suscitan además en las tendencias inferiores un complejo de atracciones y repulsiones, que suman su acción sofocadora a la de las impresiones y sensaciones. Pero si en algún momento nos acontece desahogar el espíritu y dejar al desnudo su pura sustancia espiritual (lo cual puede ocurrir durante el sueño), quedan también liberadas sus facultades de

visión, y puede desplegar toda la penetrante y serena luz natural que en sí encierra. Percibe entonces la persona, como apunta Santo Tomás (2-2, 172, 1, ad 1) en su propia imaginación unos sutilísimos movimientos que en ella han quedado impresos, gracias a la percepción habitual del acontecer exterior de la naturaleza inanimada o del mundo humano. Efectivamente este acontecer es un juego fuertemente unitario de causas y efectos, hondamente significativo en todos sus detalles, que, aunque habitualmente se nos escapan por efecto de la obnubilación en que vivimos, dejan, no obstante, en nuestra imaginación muchos de sus rasgos, e imprimen también en ella de alguna manera el sentido de su desarrollo. Y esas impresiones resultan ser unos como movimientos o impulsos, que en un estado de pureza y serenidad espiritual intensas, son captados por el entendimiento, ya a su plena luz, el cual los desarrolla hasta sus últimas consecuencias, llegando así a visualizar intelectivamente algún acontecimiento futuro. Y así se pueden explicar naturalmente muchos fenómenos de premonición ocurridos en estado de vigilia o de sueño.

Así que efectivamente la naturaleza humana tiene algunas posibilidades un tanto misteriosas y

sorprendentes. Y es de prudencia elemental tratar de estudiarlas y atribuir a ellas o a otras causas naturales, antes que a cualquier causa preternatural, los fenómenos aparentemente extraordinarios. Pero hay que ensanchar hasta límites ridículos las posibilidades de esos factores para hacerlas capaces de acoger y explicar otros fenómenos como los apuntados antes. Sin embargo, el influjo diabólico los explica muy sencilla y convenientemente. Del mismo Uri Geler, antes mencionado, son estas palabras que pueden hacer pensar a más de uno: “Estoy convencido de que mis poderes me vienen de «una inteligencia superior». Pero cuál es esta inteligencia o dónde se encuentra, es algo que ignoro totalmente. Yo no soy más que un medio de transmisión. Yo no controlo el mensaje”. Y Santo Tomás, con más precisión, dice que “si se ve que las causas naturales no son capaces de causar tales efectos extraordinarios, hay que sacar la consecuencia de que la pretendida causa del fenómeno es en realidad solamente un como signo, propio de los pactos de significaciones hechos con los demonios” (2-2, 96, a.2).

XXX

### ***EL MITO DEL EXTRATERRESTRE.***

Pero el hombre moderno, estos fenómenos inquietantes que superan con mucho capacidad humana, antes que al demonio, prefiere atribuirlos a misteriosas potencialidades de nuestra humana naturaleza.

¿Y por qué esta preferencia por el absurdo de una explicación imposible, antes que por la coherencia de la explicación del influjo diabólico, admitido por Jesucristo mismo, enseñado indefectiblemente por la Iglesia católica y abonado por una experiencia multiseccular? Sin duda por los compromisos que nos crea cada una de estas dos explicaciones. La diabólica nos resulta humillante y nos compromete con Dios. Mientras que la humana y natural gratifica nuestra soberbia y nos compromete sólo con nosotros mismos.

La explicación diabólica nos humilla porque nos obliga a reconocer y aceptar un mundo de realidades que se escapa del nuestro humano, lo supera y está dominado por la presencia divina. El demonio es el anti-dios, y toparnos con él supone tomar postura

[Volver al Index](#)

ante él y ante Dios. Y ese es exactamente el planteo del problema de la humildad y del compromiso religioso, Mientras que adjudicar a la naturaleza humana o la del mundo material fenómenos que superan con mucho esa misma naturaleza, es descubrirla, maravillados y fascinados, superior a ella misma, y por consiguiente divinizada de golpe y por derecho propio: que es la última pretensión de la soberbia humana y la angélica.

Y el demonio, que sabe que el hombre moderno está más dispuesto y decidido que el de ninguna otra época, a encontrar en sí mismo, y por su propia ciencia y progreso, la causa y motor de su desarrollo y grandeza, busca medios para fomentar esa orgullosa propensión, que tanto asemeja con él al hombre actual; y encuentra, a nuestra parecer, uno muy astuto en el tema de los OVNIS y los extraterrestres. Aparecieron hacia 1944. Por aquel tiempo las bombas volantes alemanas que diseñó Von Braum surcaban ya el canal de la Mancha con su carga de destrucción para el sur de Inglaterra, y de esperanza de que, con la paz y el perfeccionamiento técnico, se convirtieran en las naves que pudieran llevar al hombre a la luna y a otros astros. Era, pues, el momento oportuno para

que la humanidad, incluso la culta, aceptara el mito del extraterrestre viajero, Y empezaron a aparecer en nuestras cielos, majestuosamente silenciosas, las extrañas naves que nos los acercaban. A base de numerosas apariciones, signos, huellas y contactos realizados a elevados niveles de conciencia, a estas alturas de fin de siglo el mito ya está bastante perfilado. El extraterrestre es un ser dotado de cuerpo como lo estamos los terrícolas, por muy diverso que sea del nuestro. Está por lo tanto encuadrado en las coordenadas del tiempo y del espacio, y en ellas ha de desarrollar su vida, que nace, perdura, se reproduce y probablemente muere, aunque, al parecer, bastante más tarde que nosotros. Está también dotado de una inteligencia que es ya poderosísima, como lo muestra el grado de progreso a que ha llegado. Le es esencial la vida comunitaria, y toda ella está fuertemente orientada al progreso material y a la convivencia feliz. Y tanto es el progreso que ha conseguido y tan grande el perfeccionamiento de su propio ser, que, dueño ya del secreto de superarse a sí mismo y a la naturaleza en la que está inmerso y sin nada ya que hacer en su propio planeta, se ha entregado, en una tarea que exige la cooperación de todos los coplanetarios, y es por consiguiente de iniciativa estatal (parece que

tienen un único estado en todo su planeta), a organizar viajes de estudio hacia su espacio exterior, En estos viajes ha llegado ya hasta la tierra, que no ha sido, ni con mucho, la primera etapa de su expansión. Y allá donde va, procede con mucho tiento en sus relaciones con los seres inteligentes que descubre. Y si los encuentra en un grado de progreso muy inferior al suyo, como es el caso de nosotros, los terrícolas, apenas establece contacto, y procura realizar sus estudios a distancia, para no ser estorbado en su redentora misión de ponernos en el camino del progreso y desarrollo. La razón de ser y de vivir del extraterrestre es, pues, el desarrollo, comunicación y perduración indefinidos y felices de una vida totalmente socializada, que ya ha encontrado en sí misma la plenitud de su satisfacción y de su descanso. Que es, sin embargo, un descanso sumamente activo. Porque el extraterrestre está dotado de una infalible buena voluntad redentora y misionera para con sus coplanetarios y extraplanetarios. Tiene, no obstante, como suprema norma ética el respeto hacia todos ellos, y muy particularmente hacia su libertad.

Tal es el atractivo mito del extraterrestre, encarnación de un ideal existencial aureolado por

todos los prestigios actualmente en honor: la técnica, la investigación científica, el progreso indefinido, la socialización universal, la iniciativa comunitaria de alto vuelo, la magnanimidad altruista, el respeto a la libertad, y como guinda del pastel, el misterio fascinante de unos seres distantes y silenciosos, dotados también de naturaleza corpóreo-psíquica, como nosotros, que han logrado superarse a sí mismo desde sí mismos y su entorno.

¿Acertamos por nuestra parte en esta explicación diabólica que damos del ya indudable fenómeno OVNI?, Júzguelo cada uno de nuestros oyentes. Pero tenga en cuenta que ningún físico sensato admitirá la posibilidad técnica de tales viajes, que, de ser reales, tendrían que proceder de fuera de nuestro sistema solar, Queda la alucinación colectiva. ¿Pero es posible que lo sea un cúmulo de experiencias tan extendidas y duraderas que han puesta en marcha la investigación sería incluso de la NASA? A nuestro juicio se trata de una modalidad actualizada de presencia diabólica en el mundo, para afianzar la soberbia humana, ya delirante y ciega, e invalidar la Redención y buena nueva de Jesucristo sustituyéndola por otra que es su imagen invertida. Este nuevo

evangelio lo denuncia así Dostoiewsky, en su novela Los Demonios: «La antigua concepción del mundo desaparecerá, sobre todo la antigua moral. Los hombres se unirán para sacar de la vida todos los goces posibles. El espíritu humano llegará a un orgullo satánico y la humanidad será deificada. El hombre, que triunfa constantemente sobre la naturaleza por su ciencia y su voluntad, experimentará una alegría por sus triunfos que reemplazará a la esperanza de bienes futuros. El hombre se resignará a la muerte con orgullo tranquilo, como un Dios; se abstendrá de lamentarse de la brevedad de la vida y amará a sus hermanos con un amor desinteresado. Y más auténticamente proféticas son las palabras de San Pablo, inspiradas por el Espíritu Santo: «Vendrá tiempo en que los hombres no soportarán la sana doctrina, y se prepararán un montón de doctores que acaricien sus oídos; y apartarán de la verdad su atención para volverla a las fábulas»,

***LA ACOMODACION DIABOLICA.***

El fenómeno OVNI es un modo de presencia diabólica acomodado a la mentalidad moderna. La acomodación es la base de las astucias del demonio para perder a los hombres, como lo es también de la Providencia divina en su esfuerzo por salvarlos. La primera acomodación diabólica fue la de adoptar la forma de serpiente para seducir a Eva en el Paraíso. La serpiente no era para Eva un animal repugnante, como lo es para nosotros. En aquel estado de inocencia original la armonía era el signo de las relaciones del ser humano con la naturaleza entera. Ni Adán ni Eva, en la espontaneidad ingenua de su naturaleza fresca y gozosa, conocían, en sus relaciones con los animales, otros sentimientos que el del calor de una compañía dulce para el sentimiento y ennobecedora para el espíritu, el cual encontraba en los animales el contraste para saberse a sí mismo y gustar su corona de rey de la creación. Y en el marco de aquella amistad ingenua con toda la creación, la serpiente representa la dulzura que quisiéramos que empapara toda la longitud de nuestra vida interior y

nuestra actividad exterior, como enroscándose en la alma y a todos sus repliegues. Es pretensión humana en general, pero más particularmente femenina. Por eso la serpiente le debía resultar para Eva un animal extraordinariamente atractivo por su mimosidad y zalamería. También lo era para el diablo por su astucia. Fue precisamente la figura que adaptó para engañar a Eva.

Forma distinta de acomodación es la que empleó con los pueblos primitivos. Rebase nuestros objetivos el estudiarlos exhaustivamente. Pero sí que podemos observar algunos de los rasgos culturales y religiosos de uno de los pueblos más representativos de la antigüedad, el pueblo romano. Resulta especialmente interesante, porque, en contraste con un extraordinario progreso jurídico, político, literario y artístico, conserva un primitivismo religioso, que deja al descubierto la inermidad y vulnerabilidad del hombre y de los pueblos ante el problema de dar respuesta directa al mundo de lo divino. El pueblo romano, llamado por sus dioses, según ellos creían, a regir a todos los pueblos por medio de su imperio, no sabe sin embargo enfrentarse consigo mismo: con la pobreza y vulnerabilidad de toda vida humana sobre la

tierra y con la deformidad impresa en el espíritu por las pasiones elementales. Y soluciona esta cobardía e impotencia a base de sublimar y afianzar las pretensiones más elementales del orgullo y la sensualidad, creándose o aceptando unas divinidades a la medida de ellas. Los dioses y diosas del panteón romano están al servicio de la grandeza de Roma y de las pretensiones terrenas de los romanos, sobre todo los poderosos. Los dioses de los romanos cultivan la imagen gloriosa que ellos mismos, los romanos se han forjado de sí mismos para adorarla, pero les mantienen de espaldas a la verdad de su corrupción moral. Y el demonio se acomodaba a esta mentalidad religiosa, ocupando el lugar de los dioses, para, desde ellos, conseguir a la vez ser adorado como un dios y afianzar a los hombres en su soberbia. Así que de vez en cuando animaba los vacíos espectros del Olimpo dándoles una apariencia de realidad, y se producían prodigios y apariciones.

Una de ellas, por ejemplo, le aconteció al dictador Sila, según refiere San Agustín. Este general romano, cuando estaba ocupado en la guerra contra Mitridates, recibió un día la visita de un tal Lucio Ticio, quien le refirió que se le había aparecido el dios

Júpiter y le había predicho que vencería; como así ocurrió. Posteriormente, tramando volver contra Roma, un soldado de la legión sexta le comunicó, también de parte de Júpiter, que volvería a vencer y que recuperaría el poder político, aunque no sin mucha sangre. Entonces preguntó Sila al soldado en qué forma se le había aparecido Júpiter. El la describió y Sila pudo identificarla con la que le había sido descrita por el que le había traído el aviso de la victoria contra Mitridates. San Agustín concluye así su narración: “Claramente se ve que los demonios, como con frecuencia he dicho y nos es conocido por las Escrituras sagradas y las mismas cosas lo indican suficientemente, llevan adelante su negocio de ser tenidos y reverenciados como dioses, y de que se les hagan ofrendas, para que los que las hacen se asocien con ellos, y tengan con ellos una misma y pésima causa en el juicio de Dios” (CD, II, 24).

La edad media cristiana conoció otras acomodaciones de los demonios. No podían ocupar el puesto de Dios, porque éste, durante los largos siglos del medievo europeo, se mantenía muy firme y era admitido por todos con gran espontaneidad y sin sombra de duda. Pero supo aprovecharse de la

ingenuidad de una sociedad de escasa cultura en su mayor parte, y de la inseguridad en que se desarrollaba su vida. El vigor político de Roma se había derrumbado y las nuevas naciones europeas no estaban todavía consolidadas. La piratería, el bandidaje, las incursiones repentinas de pueblos extraños y los desmanes impunes de algunos nobles mantenían en vilo a las gentes durante largas generaciones. A esto se unía la ignorancia e indefensión ante las enfermedades. El resultado fue el surgimiento endémico de la brujería y la hechicería. La brujería era una mezcla compleja de superstición, superchería, credulidad e infantilismo. Pero se practicaban también en ella ritos mágicos que pretendían obligar a Satán a doblegarse a los deseos del brujo: ritos que los demonios en ocasiones atendían provocando aparentes prodigios, y enfermedades e impotencias en la naturaleza o en los hombres. Eran los hechizos, cuya existencia estaba aceptada por la Iglesia de la época y por sus mejores pensadores.

Así en la Suma teológica de Santo Tomás se puede leer una tesis en que se plantea seriamente el problema de la nulidad de un matrimonio provocada

por una impotencia causada por un hechizo. Y en la base de la respuesta se puede leer este interesantísimo texto, que cohibe nuestra sonrisa irónica: "Algunos han dicho que la hechicería no es nada en el mundo más que en la estimación de hombres que atribuyen a hechicerías los efectos naturales cuyas causas están ocultas. Pero esto va contra la autoridad de los santos, que dicen que los demonios tienen potestad sobre los cuerpos y sobre la imaginación de los hombres, siempre que Dios se lo permite. Y así ocurre que, por medio de ellos, los hechiceros pueden hacer algunos de sus signos. Esta opinión de que la hechicería no es nada - sigue diciendo el texto de la Suma- procede de una raíz de infidelidad o incredulidad. Porque no creen que los demonios existan, salvo solamente en la estimación del vulgo. De tal forma que uno, según su propia estimación, atribuye al demonio los terrores que él mismo se causa; y porque también, como efecto de una imaginación vehemente, aparecen en los sentidos algunas figuras cuales uno se las imagina, y entonces se cree que se aparecen los demonios. Pero estas interpretaciones - concluye el texto - las rechaza la fe verdadera; por ella creemos que los ángeles cayeron del cielo y se convirtieron en demonios, y que gracias

a la sutileza de su naturaleza pueden muchas cosas que nosotros no podemos, Y aquellos que les inducen a hacer tales cosas se llaman hechiceros" (Sup. 58, 2).

***NUESTRA LECTURA DE LA BIBLIA***

Habr  extrañado quizás a alguien que que tratemos el relato bíblico de la ca da de Adán y Eva como plenamente realista, sin cuidarnos de problemas de interpretación y géneros literarios. Conocemos y respetamos dichos problemas; pero nos sentimos legitimados a leer la Biblia asentados en el supuesto del verismo y realidad de todas y cada una de sus frases. Aun los relatos plenamente m ticos de la literatura son actualmente leídos con dicho supuesto, a ciencia y conciencia de que es falso. Júpiter o Venus son ahora tratados por los estudiosos como personajes reales, a los cuales se puede incluso psicoanalizar sobre la base de sus acciones y reacciones, Y no es concebible verismo mayor que el de un psicoanálisis, que no parece que se puede realizar más que con personas de las que llamamos de carne y hueso. Con mayor razón podremos atribuir realidad plena a los relatos bíblicos, cuya verdad, por muy susceptible de interpretación que deba ser, dista de la de las mitologías primitivas como el cielo de la

tierra. La Biblia entera está inspirada por Dios y no hay en ella palabra ociosa.

Todas ellas, por paradójicas y misteriosas que a veces nos resulten, están preñadas de sentido y verdad. Por eso Jesucristo, que algo sabría de la Biblia, trató sus relatos como realidades plenas, sin problematismo alguno de interpretación. Lo mismo podremos hacer nosotros. Si hubiera en ello alguna contraindicación, Cristo nos lo habría advertido, tratándose de cuestión netamente religiosa.

***EL DEMONIO Y EL RITMO MUSICAL***

Sí ya sentimos el reproche: Ustedes ven demonios en todas partes, cuando los ven hasta en algo tan inocente como un ritmo musical. Y a decir verdad, hemos de confesar que, efectivamente, vemos demonios en todas partes. Sencillamente porque están presentes en todos aquellos puntos desde donde se pueda destruir, con eficiencia e inteligencia, al hombre y su estructura moral. Y esos puntos son muchos. Y uno de ellos es precisamente el ritmo musical.

Desde siempre se ha considerado a la música como un factor educativo. Y modernamente se la ha vuelto a introducir, con acierto, en la educación básica, después de un periodo de lamentable ausencia. La música - se ha pensado siempre - afina, sensibiliza, amansa y eleva el espíritu, con lo cual las personas se hacen mejores. Y es verdad. Lo que no se ha pensado, porque era impensable que se pudiera alguna vez llevar a la práctica, es lo contrario. Que la música puede embotar, rebajar y destruir la estructura espiritual de las personas, suscitando en ellas

solapadamente pero con terrible eficiencia, las peores pasiones. Y es lógico. Si la armonía, la belleza y la elevación de una buena melodía atraen hacia sí, a través del goce estético, el amor de quien la escucha y saborea, la desarmonía, la fealdad y la vileza de otra melodía, si es, a pesar de todo, capaz de suscitar también algún tipo de goce y satisfacción, no precisamente estético, atraerán también hacia sí el amor y la afición. Y el amor y la afición producen un efecto asimilatorio. El que ama acaba por asemejarse a aquello que ama.

Ahora bien, ¿podemos llamar bellos y armónicos ciertos ritmos musicales actualmente muy en honor? Y sin embargo suscitan goces hasta paroxísticos y aficiones desbocadas en millones de personas en el mundo entero. ¿Es esto explicable solo por el atractivo natural de los grupos musicales? ¿No será más prudente pensar en la influencia de un plan diabólico, diabólicamente inteligente, para corromper con rapidez, disimulo y eficiencia la integridad moral de la juventud del mundo entero?

***LA NUEVA PREDICACIÓN DEL INFIERNO***

No es sólo que se dé influencia diabólica sobre el mundo a través de la música, sino que es más: en medio del silencio que rodea a la figura del demonio en la predicación eclesíástica, resuena, sin embargo su nombre, bien nítido y fuerte, precisamente en los ambientes musicales. De tal forma que nos parece que esos ambientes, y en concreta los del Rock and Roll, son actualmente el único lugar donde se habla del infierno y del demonio, con audiencia masiva garantizada. Su figura, su nombre, sus símbolos y su mensaje nos llegan a través de la letra de las canciones, de las portadas de los discos, del atuendo de los grupos musicales y hasta de las prendas con que han logrado vestir a buena parte de la juventud. Y no se trata ya de una figura y de un mensaje aborrecibles. Sobre el negro y el rojo, con trasfondos ígneos, resaltan figuras diabólicas extravagantes, deformes, crispadas, portadoras de horror y destrucción; y sin embargo, pretenden ¡y lo logran! prestigio, atracción y seguimiento.

Algunos títulos son claros: "El infierno no es un lugar tan malo para estar en él", "Derrumbado entre las llamas", "La condenación a través del Rock and Roll", "El número de la Bestia", "Autopista para el infierno". En este último, por ejemplo, se vocifera así: "No hay señal de stop, ni límite de velocidad. Hola, Satanás, estoy pagando mi deuda tocando en un conjunto rock. Hola, chica, mírame, estoy yendo para la tierra prometida. Estoy en la autopista para el infierno".

***LOS ORÍGENES RELIGIOSOS DEL ROCK  
AND ROLL***

Resulta, pues, que el Rock es actualmente la única tribuna desde la que se proclama y predica, con audiencia universal, el nombre del demonio y la existencia del infierno, El Rock es, entonces, aunque negativo, un fenómeno religioso de gran envergadura, al que se le puede calificar de acontecimiento histórico, Pero ningún acontecimiento histórico surge por generación espontánea de la noche a la mañana; y menos los religiosos. Especialistas en el tema han estudiado las raíces del Rock y las han encontrado en África. "Cada vez que el Rock se sienta débil e impotente dice uno de ellos volverá a esta negra matriz salvadora para revivir". Las músicas y danzas rituales son practicadas allá tradicionalmente como medio para forzar a los espíritus a que desciendan y se apoderen de los devotos, Estos ritos pasaron a América del Norte con los esclavos negros, que con frecuencia huían a lo más profundo de los bosques para practicarlos, Fueron después, en el siglo XVII, asumidos por la secta religiosa de los cuáqueros o

tembladores, que practicaban la danza sagrada durante noches enteras, reunidos en grandes salones, marcando el ritmo con las palmas y los pies, balanceándose, agitándose, rodando por el suelo y formando filas que imitaban los movimientos de una serpiente: todo con la pretensión de hacer bajar a los espíritus y dejarse poseer por ellos. Conseguida la libertad, los negros entran con sus danzas espiritistas en las iglesias evangélicas, y allá donde logran imponer su estilo, organizan liturgias nocturnas rítmicas y ruidosas a las que los asistentes se entregan hasta perder la razón en un éxtasis general.

Estos son los orígenes del Rock: netamente religiosos y con profundidad de siglos.

***ALGO MÁS QUE GIMNASIA***

Pero se podría uno preguntar si la pretensión de entrar en contacto con determinados espíritus a base de danzar no pasa de ser un ingenuo e ineficaz capricho de la imaginación, que a lo sumo se resuelve en un poco de gimnasia y cierta liberación de los malos humores reprimidos. Pero no. Es algo mucho más serio, que trataremos de explicar.

Los que han seguido esta serie de reflexiones desde el principio se acordarán que comenzaron por las apariciones del ángel a los pastores de Fátima, Su mensaje es una lección de religión que se resume en una sola palabra: adoración. El ángel se arrodilla en el suelo hasta tocarlo con la frente y dice: “¡Dios mío, creo, adoro, espero y os amo!; Os pido perdón para aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no os aman!” La adoración que nos enseña el ángel es un rendimiento total ante Dios, que afecta no sólo a la intimidad del alma, sino también al cuerpo y al lenguaje. Esto significa que toda la estructura de nuestro complejo ser, dotado de intencionalidades sencillas, pero de realizaciones que los múltiples

quehaceres y atenciones de la vida hacen complicadas, tiene que estar ordenada hacia Dios y transida de su presencia. De tal forma que cualquier gesto interior o exterior que signifique ruptura de ese orden en beneficio del capricho orgulloso o sensual de una voluntad que ya no busca a Dios sino a sí misma, destruye en mayor o menor grado la ordenación del propio ser integral a Dios y la luz amable de su presencia. Y en ese mismo grado en que Dios queda apartado, se le abre la puerta al demonio, amigo, si alguno, de negarle a Dios la adoración para transferirla al propio ser.

Es el efecto de las danzas espiritistas, como acabaremos por mostrar

***HACIA UN NUEVO TIPO HUMANO***

Recorriendo la historia del Rock, habíamos llegado a las danzas espiritistas de algunas iglesias protestantes norteamericanas, que recogían la tradición de las danzas religiosas de los negros; y hacíamos un alto para explicar cómo estas danzas destruyen el orden y armonía del alma y abren la puerta al demonio. Este doble y combinado efecto se asegura y se extiende primero por América y después por el resto del mundo, por medio de un proceso paulatino que dura lo que llevamos de siglo. En sintonía con las danzas religiosas del interior de las iglesias se fue extendiendo por fuera, también con raíces africanas el «blues» con su ritmo lloroso y sensual; ritmo al principio lento, como lo era la vida de las plantaciones sureñas de algodón, pero que posteriormente, subiendo hacia los centros industriales del norte, se contaminó de la vida agitada de Detroit. Posteriormente surgió el «jazz» y después el «boogie», en los que empieza a aflorar un sentimiento de rebelión contra la continencia y orden específicamente sexual. Recuérdese que la expresión

«rock and roll» designa en cierto argot americano los movimientos del acto sexual.

Todo este proceso afectaba al subconsciente encendiendo en él la llama de la rebelión; pero afectaba también al consciente perfilando poco a poco la figura de un nuevo tipo humano que se iba poniendo en honor arrinconando al tipo comedido, ordenado y respetuoso heredado de la tradición cristiana. Y esto es lo que explica el fenómeno Elvis Presley. Elvis Presley es no sólo un, interprete hábil de los nuevos ritmos; es sobre todo la encarnación del nuevo tipo humano. De ahí su éxito desproporcionado y arrollador, sobre todo con la juventud. La juventud es quien más necesita un ideal existencial, sobre todo encarnado; y es también la más vulnerable ante la novedad y la ruptura con el pasado.

Que la Virgen de Fátima extienda sobre el mundo su manto de pureza y convierta su carrera loca hacia el abismo en gozosa marcha hacia el Paraíso.